

EL ENFERMO IMAGINARIO

Comentario [LT1]:

Molière

Comedia con intermedios musicales y damas



PERSONAJES

ARGAN, enfermo imaginario

BELINA, segunda esposa de Argan

ANGÉLICA, hija de Argan, enamorada de Cleante

LUISITA, hija segunda de Argan y hermana de Angélica

BERALDO, hermano de Argan

CLEANTE, enamorado de Angélica

SEÑOR DIAFOIRUS, médico

TOMÁS DIAFOIRUS, su hijo y pretendiente de Angélica

SEÑOR PURGON, médico de Argan

SEÑOR FLEURANT, boticario de Argan

SEÑOR BONNEFOY, notario

ANTOÑITA, sirvienta de Argan

La acción se desarrolla en París.

PROLOGO

Después de las gloriosas fatigas y las hazañas victoriosas de nuestro augusto monarca, justo es que aquellos que se dedican a las letras se afanen en sus alabanzas o en su diversión. Es esto lo que se ha querido hacer aquí, y este prólogo es una primicia de los elogios a este gran príncipe, que da acceso a la comedia El enfermo imaginario, que ha sido proyectada para descansarle de sus nobles trabajos.

El decorado representa un lugar campestre muy agradable.

EGLOGA EN MUSICA Y DANZAS

*FLORA, PAN, CLIMENA, DAFNE, TIRCIS, DORILAS, DOS CÉFIROS,
GRUPO DE PASTORES Y PASTORAS*

FLORA. Dejád ya, dejád ya vuestros rebaños,
Venid, pastores y venid pastoras,
Llegad aquí, bajo estos tiernos olmos.
Vengo a traeros nuevas agradables,
Y a alegrar, alegrar vuestras cabañas.
Dejad ya, dejád ya vuestros rebaños,
Venid pastores y venid pastoras,
Llegad aquí, bajo estos tiernos olmos.

CLIMENA Deja, pastor, aquí tu nombre en ascuas,
Y DAFNE. Que aquí está Flora, que nos llama, excelsa.

TIRCIS Pero, cruel, dime, al menos, si un poco,
Y DORILAS.
TIRCIS. Con tu amistad, calmarás mis deseos.
DORILAS. Si aplacarás, sensible, mi doliente queja.
CLIMENA Ahí está Flora, que nos llama, excelsa.
Y DAFNE.
TIRCIS Una palabra, una, es sólo lo que quiero.
Y DORILAS.
TIRCIS. ¿Me consumiré para siempre en mi pena letal?
DORILAS. ¿Puedo esperar que un día feliz querrás hacer
 me?
CLIMENA Oíd a Flora, que nos llama, excelsa.
Y DAFNE.

INTERMEDIO

Todo el grupo de PASTORES y PASTORAS va a colocarse, con paso rítmico, alrededor de FLORA.

CLIMENA. ¿Cuál es la buena noticia,
 ¡Oh, diosa!, que de tanta alegría nos inunda?
DAFNE. Ansiamos de veras que nos digas
 Cuál es la tal noticia trascendente.
DORILAS. Transidos nos sentimos de deseo.
TODOS. Y morimos, por saberla, de impaciencia.

FLORA. Aquí está: ¡Callaos! ¡ Chiss ! ¡Silencio!
Colmados están ya vuestros deseos: ¡Ha vuelto
el gran Luis!
Nos trae, como ofrenda, el amor y los placeres,
Y veréis desvanecerse vuestras crueles alarmas.
Ante su gran valor, todo le es sumiso.
Y abandona las armas
Por falta de enemigos.

TODOS. ¡ Oh, qué dulce noticia!
¡Qué placer, qué delicia!
¡Cuántos juegos, cuántas risas, qué placeres
¡ Cuánta dicha triunfante
¡Qué bien colma el Cielo nuestros ruegos!
¡Ah, qué noticia deliciosa!
¡Grande, emotiva y hermosa!

INTERMEDIO DE BAILE

Todos los PASTORES y PASTORAS expresan, por sus damas, la exaltación de su alegría.

FLORA. De vuestras flautas silvestres,
Despertad los dulces sonos;
Luis presta a vuestros cantos
Mil esplendorosos temas.
Al fin del combate

Recoge en sus brazos
La inmensa victoria.
Formad, pues, vosotros
Mil dulces combates
Y load su gloria.
TODOS. Formemos nosotros .
Mil dulces combates
Que exalten su gloria.
FLORA. En este bosque cercano,
Mi joven galán prepara,
Del tesoro de mi imperio,
Un premio a la mejor voz
Que sepa cantar con gusto
Las hazañas y virtudes
De un rey, el más augusto.
CLIMENA. Si Tircis es el primero,
DAFNE. Si es Dorilas vencedor,
CLIMENA. A su amor toda me entrego.
DAFNE. Yo me fundiré en su ardor.
TIRCIS. ¡Oh, la más bella esperanza!
DORILAS. ¡Oh, palabras de dulzor!
AMBOS. Una ocasión mejor, más bella recompensa,
Pueden dar al alma fiesta tan intensa?

Los violines tocan una música para animar a los dos PASTORES al combate, mientras FLORA, como juez va a ponerse al pie del árbol con dos

CÉFIROS, y el resto, como espectadores, van a ocupar los dos rincones de la escena.

TIRCIS. Cuando la nieve fundida infla un torrente famoso
Contra el embate imponente de su caudal espumoso,
No hay nada que se resista;
Diques, castillos, bosques y ciudades,
De consuno, los hombres y rebaños,
Ceden a la corriente que le guía.
Tal, más veloz y con más gallardía,
Avanza Luis en el luchar de cada día.

BALLET

Los PASTORES y PASTORAS, por su lado, danzan a su alrededor con un retornado para expresar sus aplausos.

DORILAS. El inquietante rayo, que atraviesa furioso
La horrible oscuridad de la nube inflamada,
Hace temblar de terror espantoso
Al alma más valiente y más gallarda.
Pero, puesto en la brega del combate,
Es Luis quien más terror imparte.

BALLET

Los PASTORES y PASTORAS hacen lo mismo que han hecho los otros.

TIRCIS. De las glorias fabulosas que Grecia ha cantado,
Con un brillante haz de bellas realidades,
Vemos los esplendores mitigados;
Y todos los famosos semidioses
Que alaba nuestra historia del pasado,
No son en nuestro claro pensamiento
Lo que es Luis ante los ojos asombrados.

BALLET

Los PASTORES y PASTORAS repiten una vez más los mismos bailes.

DORILAS. Luis nos recuerda, con hechos inauditos,
Las bellas gestas que relata la historia
De los siglos extinguidos;
Nuestros nietos, en su gloria,
No crearán en los anales
De las grandes epopeyas luisinas.

BALLET

Los PASTORES y PASTORAS repiten el mismo movimiento, después del cual los dos grupos se entremezclan.

PAN (*Seguido* Abandonad, pastores, esa idea temeraria de *seis*
 ¡Eh!, ¿qué querríais lograr?
FAUNOS.) ¿Cantar con vuestros caramillos
 Lo que Apolo en su hábil lira
 Ni decir ni alabar podría?
 Es dar demasiado aliento al empuje que os inspira,
 Es como subir al cielo con alas de cera blanda
 Para caer en el fondo de las aguas abismales.
 Para cantar de Luis la intrépida osadía,
 No hay docta voz que pueda el tono dar,
 Ni la oración más sublime trazar su imagen
 podría.
 El silencio es el lenguaje
 Que debe sus hazañas loar.
 Otro laurel dedicad a sus excelsas victorias,
 que en vano vuestros cantos pretenden alabar.
 Dejad quieta, dejad, su ingente gloria.
 Afanaos tan sólo en hacerle gozar.
TODOS. Dejemos quieta su gloria;
 Afanémonos, pues, en hacerle gozar.

FLORA (A
TIRCIS y a
DORILAS.)

Aunque, para mostrar sus virtudes inmortales,
Falta la fuerza a vuestras almas,
No dejaréis ambos de recibir un premio.
En las cosas grandes y bellas,
Basta la intención para ser premiadas.

INTERMEDIO DE BAILE

Los dos CÉFIROS danzan con dos coronas de flores en la mano, que luego entregan a los dos PASTORES.

CLIMENA Y
DAFNE.

En las cosas grandes y bellas,
Basta la intención para ser premiadas. (Dándoles
la mano

TIRCIS
Y DORILAS.

¡Ah!, un dulce triunfo nuestra audacia ha
coronado.

FLORA Y PAN.

Lo que a Luis se dedica, siempre es recompensado.

LOS CUATRO
ENAMORADOS.

Cuidemos de sus placeres desde ahora en
adelante.

FLORA Y PAN.
TODOS.

¡Dichosos aquellos que le consagran la vida!
Juntemos en estos bosques
Nuestras flautas, nuestras voces.
A ello nos invita el día;
Y hagamos que los ecos repitan veces mil:
"Luis es de los reyes, el más grande,

Dichoso quien su vida le consagra!"

ULTIMO Y GRANDE INTERMEDIO DE BAILE

FAUNOS, PASTORES y PASTORAS se entremezclan y organizan entre ellos dos grupos de danzas, después de lo cual se van para preparar la comedia.

OTRO PROLOGO

El teatro representa un bosque.

La obertura del espectáculo consiste en un ruido agradable de instrumentos. En seguida, una PASTORA se presenta para quejarse tiernamente de que no halla ningún remedio para calmar las penas que está sufriendo. Varios FAUNOS y GITANOS, reunidos para celebrar las fiestas peculiares, encuentran a la PASTORA, escuchan sus lamentaciones y forman un espectáculo muy divertido.

LAMENTACION DE LA PASTORA

PASTORA. Vuestra sabiduría es tan sólo pura quimera,
Médicos doctos y ligeros;
No os es dado curar con grandes latinajos
El terrible dolor que me enloquece:
Vuestra sabiduría es tan sólo pura quimera.
¡Ay de mí!, no me atrevo a descubrir,

Al pastor por quien suspiro,
Mi amoroso martirio,
Que sólo él puede, con su amor, mitigar.
En vano darle fin la ciencia pretendiera;
Oh, ignaros matasanos, no lo podríais lograr!
Vuestra sabiduría es tan sólo quimera.
Estos frágiles remedios cuyo inmenso secreto
Cree el vulgar inocente poseéis,
No son la curación de mi calvario.
Vuestra garrulería sólo admitirla puede
Un enfermo imaginario.
Vuestra sabiduría es tan sólo una quimera,
Médicos poco doctos y ligeros;
No os es dado aliviar con grandes latinajos
El terrible dolor que me enloquece:
Vuestra sabiduría es tan sólo una quimera.

La escena se transforma en un aposento.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

ARGAN

ARGAN. *(Solo en la habitación, sentado ante una mesa, re pasa las cuentas de su boticario, valiéndose de fichas; y, hablando consigo mismo, canturrea los diálogos siguientes: Tres y dos hacen cinco, y cinco, hacen diez, y diez, hacen veinte. Tres y dos hacen cinco. "Además, del día veinticuatro, una pequeña ayuda insinuante, preparadora y suavizadora, para ablandar, humedecer y refrescar las entrañas del señor." Lo que me agrada del señor Fleurant, mi boticario, es que sus cuentas son siempre muy educadas. "Las entrañas del señor; treinta sueldos." Sí, pero, amigo Fleurant, no basta ser educado, hay que ser también razonable y no despellejar a los enfermos. ¡Treinta sueldos por una lavativa! Ya sabéis que gozáis de mi sincero afecto. Pero en otras cuentas me las habéis puesto a veinte sueldos nada*

más, y veinte sueldos, en la jerga de boticario, significa diez sueldos; por tanto, diez sueldos. Más, del mismo día, una buena ayuda detersíva, compuesta de diacatolicón doble, ruibardo, miel rosada y otros, según receta, para refrescar, lavar y limpiar el hipogastrio del señor; veinte sueldos." Con vuestra licencia, pondremos diez sueldos. "Más, del mismo día por la noche, un julepe hepático, soporífero y somnífero, compuesto para hacer dormir al señor; treinta y cinco sueldos." De éste no tengo por qué quejarme, pues me hizo dormir de veras. Diez, quince, dieciséis y diecisiete sueldos; seis dineros. "Más, del día veinticinco, una buena medicina purgante y tonificante, compuesta de casia fresca con sen levantino y otros, ordenada por el señor Purgón, para expulsar y evacuar la bilis del señor; cuatro libras." ¡Ah, señor Fleurant!, esto es una burla; hay que vivir con los enfermos. El señor Purgón no os ha ordenado que pusierais cuatro francos. Poned, poned, tres libras, si os parece bien. Veinte; y treinta sueldos. "Más, del mismo día, una poción anodina y astringente para dar reposo al señor; treinta sueldos." Bien; diez y quince sueldos. "Más, del día veintiséis, una ayuda carminativa, para evacuar los gases del señor; treinta sueldos." Diez sueldos, señor Fleurant.

"Más la ayuda del señor repetida por la noche, como antes; treinta sueldos."

Señor Fleurant, diez sueldos. "Más, del día veintisiete, una buena medicina compuesta ex profeso

para evacuar y sacar del cuerpo los malos humores del señor; tres libras." Bien, veinte y treinta

sueldos. Me agrada que seáis razonable. "Más, del día veintiocho, una toma de suero clarificado y dulcificado para suavizar, ablandar, atemperar y refrescar la sangre del señor; veinte sueldos."

Bien, diez sueldos. "Más una poción cordial y preservativa, compuesta por doce granos de bezoar, jarabes de limón y de granada y otros, según la receta; cinco libras." ¡Ah, señor Fleurant!, vayamos despacio, despacio, por favor; si las gastáis así, nadie querrá estar enfermo; contentaos con cuatro francos. Veinte y cuarenta sueldos. Tres y dos hacen cinco, y cinco, hacen diez, y diez, hacen veinte. Sesenta y tres libras, cuatro sueldos, seis dineros. De manera que durante este mes he tomado una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once y doce lavativas; y el otro mes había doce medicinas y veinte lavativas. Nada tiene de extraño que este mes me encuentre menos bien que el otro. Se lo diré al señor Purgón, para que ponga orden en este asunto. ¡Ea!, que me quiten todo eso de ahí. (Viendo que nadie acude a su llamada y que

ninguno de sus servidores se encuentra en la habitación.) No hay nadie. ¿Qué saco con quejarme? ¡Me dejan siempre solo; no hay manera de retenerlos aquí! (*Hace sonar una campanilla para llamar a su servidumbre*) No me oyen, y además mi campanilla no hace bastante ruido. (*Llama por segunda vez: Tilín, tilín, tilín.*) ¡No hay nada que hacer! (*Llama de nuevo: Tilín, tilín, tilín.*) Están sordos. ¡Antoñita! (*Hace todo el ruido posible con su campanilla: Tilín, tilín, tilín.*) Nada, como si no llamara. ¡Maldita perra, bribona! (*Tilín, tilín, tilín. Ve que llama inútilmente.*) ¡Qué rabia! (*Tilín, tilín, tilín. Grita.*) Maldita, ¡que el diablo te lleve! ¿Es posible que se deje así, solo, a un pobre enfermo? (*Tilín, tilín, tilín.*) ¡Vaya si es lamentable! (*Tilín, tilín, tilín.*) ¡Ah, Dios mío!, me dejarán aquí solo aunque me muera. (*Tilín, tilín, tilín.*)

ESCENA SEGUNDA

ANTOÑITA,

ANTOÑITA. (Entrando en el aposento. ¡Ya voy!

¡Ah, perra! ¡Ah, bribona!

ANTOÑITA. (Fingiendo haberse contusionado la cabeza.) ¡Al diantre con vuestra impaciencia! Atosigáis con

tanta violencia a la gente, que me he dado un
golpetazo con la madera de un postigo.

(Encolerizado.) ¡Ah, traidora!...

ANTOÑITA. *(Para interrumpirlo y evitar que grite, continúa
quejándose.)* ¡Ah!...

Hace...

ANTOÑITA. ¡Ah!...

Hace una hora...

ANTOÑITA. ¡Ah!...

...que me has abandonado...

ANTOÑITA. ¡Ah!...

ARGAN. Cállate, bribona, que te estoy reprendiendo.

ANTOÑITA. ¡Vaya que sí, ya podéis decirlo! Me di cuenta
en seguida. Después del golpe que me he dado.
Me has hecho desgañar, ¡bribona!

ANTOÑITA. Y vos me habéis hecho partir la cabeza; lo uno
vale lo otro; estamos en paz, si lo preferís así.
¡Cómo!, bribona...

ANTOÑITA. Si me reñís, me pondré a llorar.

Dejarme así, traidora...

ANTOÑITA. *(Siempre para interrumpirle.)* ¡Ah!...

Maldita perra, quieres...

ANTOÑITA. ¡Ah!...

¡Vamos! Voy a tener además que renunciar al
gusto de regañarla.

ANTOÑITA. ¡Venid cuanto queráis, hasta saciaros!

Tú me lo impides, gran perra, interrumpiéndome a ,cada instante.

ANTOÑITA. Si vos os dais el placer de regañar, dejadme que yo me dé el de llorar: a cada uno el suyo, no es pedir demasiado. ¡Ah!...
Vamos, hay que hacer lo que ella quiere. ¡Quítame eso de ahí, bribona! (*ARGAN se levanta de la silla y le entrega las fichas y las cuentas del boticario.*) Mi lavativa de hoy, ¿ha hecho su efecto tal como correspondía?

ANTOÑITA. ¿Vuestra lavativa?
Sí. ¿He hecho mucha bilis?

ANTOÑITA. ¡A fe mía!, yo no me meto en estas cosas. Es el señor Fleurant a quien corresponde meter la nariz en ello, puesto que saca su buen provecho. Que me tengan preparado un buen caldo para la otra que debo tomar dentro de poco.

ANTOÑITA. Ese señor Fleurant y esotro señor Purgón se divierten con vuestro cuerpo; vaya si han hallado en vos una buena vaca lechera; y me agradecería preguntarles qué mal tenéis, para daros tantos remedios.
¡Cállate!, ignorante; no eres quién para controlar las disposiciones de la medicina. Que digan a mi hija Angélica que venga a verme; tengo algo que decirle.

ANTOÑITA, Ahí la tenéis; como si hubiera adivinado vuestro pensamiento.

ESCENA TERCERA

ANGÉLICA, ANTOÑITA, ARGAN

ARGAN. Acercaos, Angélica; venís a punto; quería hablaros.

ANGÉLICA. Aquí estoy, dispuesta a escucharos.
(*Corriendo al bacín*). ¡Esperad! (A ANTOÑITA.)
Dadme mi bastón. Vuelvo en seguida.

ANTOÑITA. Daos prisa, señor; corred. Ese señor Fleurant, ¡vaya si nos da trabajo!

ESCENA CUARTA

ANGÉLICA, ANTOÑITA

ANGÉLICA. (*Mirándola lánguidamente, le dice en tono confidencial.*) Antoñita...

ANTOÑITA. ¿Qué?

ANGÉLICA. Mírame un momento.

ANTOÑITA. Y bien: ya os miro.

ANGÉLICA. ¡Antoñita !

ANTOÑITA. Y bien, ¿qué significa ese "Antoñita"?

ANGÉLICA. ¿No adivinas de qué quiero hablarte?

ANTOÑITA. Vaya si lo supongo: de nuestro joven galán; porque es él, desde hace seis días, el tema de

todas nuestras charlas; y no estáis satisfecha si no habláis de ello a todas horas.

ANGÉLICA. Puesto que lo sabes, ¿par qué no eres la primera en hablarme y evitarme la pena de tener que obligarte?

ANTOÑITA. Pero si no me dais tiempo para ello, y tratáis de este asunto con tales pensamientos que es muy difícil seguiros.

ANGÉLICA. Te confieso que no me cansaría de hablar de él y que mi corazón aprovecha con ardor todos los momentos en que puede abrirse a ti. Pero dime, Antoñita, ¿condenas, quizás, los sentimientos que abrigo para él?

ANTOÑITA. Me tienen sin cuidado.

ANGÉLICA. ¿Hago mal en abandonarme a estas dulces sensaciones?

ANTOÑITA. Yo no digo eso.

ANGÉLICA. ¿Y querrías que fuese insensible a las tiernas muestras de la pasión ardiente que siente por mí?

ANTOÑITA. No lo quiera Dios.

ANGÉLICA. Dime, ¿de veras no encuentras, lo mismo que yo, que es como algo del Cielo, un efecto del destino, esa aventura insospechada de haber-nos conocido?

ANTOÑITA. Sí.

ANGÉLICA. ¿No te parece que este rasgo de tomar mi defensa sin conocerme es, sin duda alguna, de hombre honesto?

ANTOÑITA. Sí.

ANGÉLICA. ¿Que no puede nadie conducirse más generosamente?

ANTOÑITA. De acuerdo.

ANGÉLICA. ¿Y que cuanto hizo fue con la mayor gracia del mundo?

ANTOÑITA. ¡Oh, sí!

ANGÉLICA. ¿No te parece, Antoñita, que es un apuesto mozo?

ANTOÑITA. Seguro.

ANGÉLICA. ¿Que tiene el mejor porte del mundo?

ANTOÑITA. No cabe duda.

ANGÉLICA. ¿Que sus palabras, como sus acciones, tienen algo de noble ?

ANTOÑITA. Claro que sí.

ANGÉLICA. ¿Que nadie puede escuchar cosas tan apasionadas como las que él me dice?

ANTOÑITA. Es verdad.

ANGÉLICA. ¿Y que no hay nada más enojoso que la sujeción de que se me hace objeto, que impide toda comunicación entre los dulces anhelos de este mutuo ardor que el Cielo nos inspira?

ANTOÑITA. Tenéis razón.

ANGÉLICA. Pero, mi querida Antoñita, ¿crees que él me quiere tanto como me asegura?

ANTOÑITA. ¡Oh, oh! Estas cosas, a veces, se prestan a engaños. Los mohines del amor se parecen mucho a la verdad; he visto a grandes comediantes en este arte.

ANGÉLICA. ¡Al, Antoñita ! ¿Qué me estás diciendo? ¡Ay

de mí! ¿Cómo sería posible, tal como me habla,
que no me dijera la verdad?

ANTOÑITA. En todo caso, pronto sabréis lo cierto; y ya que
ayer os escribió la resolución que había tomado
de pedir vuestra mano, no hay manera más rá-
pida para saber si os dice la verdad o no; eso
será la mejor prueba.

ANGÉLICA. ¡Ah, Antoñita!, si éste me engaña, en mi vida
creeré a ningún otro hombre.

ANTOÑITA. Ahí tenéis a vuestro padre que vuelve.

ESCENA SEGUNDA

ANTOÑITA,

ANTOÑITA. (Entrando en el aposento. ¡Ya voy!
¡Ah, perra! ¡Ah, bribona!

ANTOÑITA. (Fingiendo haberse contusionado la cabeza.) ¡Al
diantre con vuestra impaciencia! Atosigáis con
tanta violencia a la gente, que me he dado un
golpetazo con la madera de un postigo.
(*Encolerizado.*) ¡Ah, traidora!...

ANTOÑITA. (Para interrumpirlo y evitar que grite, continúa
quejándose.) ¡Ah!...

Hace...

ANTOÑITA. ¡Ah!...

Hace una hora...

ANTOÑITA. ¡Ah!...

...que me has abandonado...

ANTOÑITA. ¡Ah!...

ARGAN. Cállate, bribona, que te estoy reprendiendo.

ANTOÑITA. ¡Vaya que sí, ya podéis decirlo! Me di cuenta en seguida. Después del golpe que me he dado. Me has hecho desgañitar, ¡bribona!

ANTOÑITA. Y vos me habéis hecho partir la cabeza; lo uno vale lo otro; estamos en paz, si lo preferís así. ¡Cómo!, bribona...

ANTOÑITA Si me reñís, me pondré a llorar. Dejarme así, traidora...

ANTOÑITA. (*Siempre para interrumpirle.*) ¡Ah!... Maldita perra, quieres...

ANTOÑITA ¡Ah!...

¡Vamos! Voy a tener además que renunciar al gusto de regañarla.

ÁNTONITA. ¡Venid cuanto queráis, hasta saciaros! Tú me lo impides, gran perra, interrumpiéndome a ,cada instante.

ANTOÑITA. Si vos os dais el placer de regañar, dejadme que yo me dé el de llorar: a cada uno el suyo, no es pedir demasiado. ¡Ah!... Vamos, hay que hacer lo que ella quiere. ¡Quítame eso de ahí, bribona! (*ARGAN se levanta de la silla y le entrega las fichas y las cuentas del boticario.*) Mi lavativa de hoy, ¿ha hecho su efecto tal como correspondía?

ANTOÑITA. ¿Vuestra lavativa?

Sí. ¿He hecho mucha bilis?

ANTOÑITA. ¡A fe mía!, yo no me meto en estas cosas. Es el señor Fleurant a quien corresponde meter la nariz en ello, puesto que saca su buen provecho. Que me tengan preparado un buen caldo para la otra que debo tomar dentro de poco.

ANTOÑITA. Ese señor Fleurant y esotro señor Purgón se divierten con vuestro cuerpo; vaya si han hallado en vos una buena vaca lechera; y me agradaría preguntarles qué mal tenéis, para daros tantos remedios.

¡Cállate!, ignorante; no eres quién para controlar las disposiciones de la medicina. Que digan a mi hija Angélica que venga a verme; tengo algo que decirle.

ANTOÑITA, Ahí la tenéis; como si hubiera adivinado vuestro pensamiento.

ESCENA TERCERA

ANGÉLICA, ANTOÑITA, ARGAN

ARGAN. Acercaos, Angélica; venís a punto; quería hablaros.

ANGÉLICA. Aquí estoy, dispuesta a escucharos.

(*Corriendo al bacín*). ¡Esperad! (A ANTOÑITA.)

Dadme mi bastón. Vuelvo en seguida.

ANTOÑITA. Daos prisa, señor; corred. Ese señor Fleurant,
¡vaya si nos da trabajo!

ESCENA CUARTA

ANGÉLICA, ANTOÑITA

ANGÉLICA. (*Mirándola lánguidamente, le dice en tono confidencial.*) Antoñita...

ANTOÑITA. ¿Qué?

ANGÉLICA. Mírame un momento.

ANTOÑITA. Y bien: ya os miro.

ANGÉLICA. ¡Antoñita !

ANTOÑITA. Y bien, ¿qué significa ese "Antoñita"?

ANGÉLICA. ¿No adivinas de qué quiero hablarte?

ANTOÑITA. Vaya si lo supongo: de nuestro joven galán;
porque es él, desde hace seis días, el tema de
todas nuestras charlas; v no estáis satisfecha si
no habláis de ello a todas horas.

ANGÉLICA. Puesto que lo sabes, ¿par qué no eres la prime-
ra en hablarme y evitarme la pena de tener que
obligarte?

ANTOÑITA. Pero si no me dais tiempo para ello, y tratáis de
este asunto con tales pensamientos que es muy
difícil seguiros.

ANGÉLICA. Te confieso que no me cansaría de hablar de él y que mi corazón aprovecha con ardor todos los momentos en que puede abrirse a ti. Pero dime, Antoñita, ¿condenas, quizás, los sentimientos que abrigo para él?

ANTOÑITA. Me tienen sin cuidado.

ANGÉLICA. ¿Hago mal en abandonarme a estas dulces sensaciones?

ANTOÑITA. Yo no digo eso.

ANGÉLICA. ¿Y querrías que fuese insensible a las tiernas muestras de la pasión ardiente que siente por mí?

ANTOÑITA. No lo quiera Dios.

ANGÉLICA. Dime, ¿de veras no encuentras, lo mismo que yo, que es como algo del Cielo, un efecto del destino, esa aventura insospechada de haber-nos conocido?

ANTOÑITA. Sí.

ANGÉLICA. ¿No te parece que este rasgo de tomar mi defensa sin conocerme es, sin duda alguna, de hombre honesto?

ANTOÑITA. Sí.

ANGÉLICA. ¿Que no puede nadie conducirse más generosamente?

ANTOÑITA. De acuerdo.

ANGÉLICA. ¿Y que cuanto hizo fue con la mayor gracia del mundo?

ANTOÑITA. ¡Oh, sí!

ANGÉLICA. ¿No te parece, Antoñita, que es un apuesto mozo?

ANTOÑITA. Seguro.

ANGÉLICA. ¿Que tiene el mejor porte del mundo?

ANTOÑITA. No cabe duda.

ANGÉLICA. ¿Que sus palabras, como sus acciones, tienen algo de noble ?

ANTOÑITA. Claro que sí.

ANGÉLICA. ¿Que nadie puede escuchar cosas tan apasionadas como las que él me dice?

ANTOÑITA. Es verdad.

ANGÉLICA. ¿Y que no hay nada más enojoso que la sujeción de que se me hace objeto, que impide toda comunicación entre los dulces anhelos de este mutuo ardor que el Cielo nos inspira?

ANTOÑITA. Tenéis razón.

ANGÉLICA. Pero, mi querida Antoñita, ¿crees que él me quiere tanto como me asegura?

ANTOÑITA. ¡Oh, oh! Estas cosas, a veces, se prestan a engaños. Los mohines del amor se parecen mucho a la verdad; he visto a grandes comediantes en este arte.

ANGÉLICA. ¡Al, Antoñita ! ¿Qué me estás diciendo? ¡Ay de mí! ¿Cómo sería posible, tal como me habla, que no me dijera la verdad?

ANTOÑITA. En todo caso, pronto sabréis lo cierto; y ya que ayer os escribió la resolución que había tomado de pedir vuestra mano, no hay manera más rápida para saber si os dice la verdad o no; eso será la mejor prueba.

ANGÉLICA. ¡Ah, Antoñita!, si éste me engaña, en mi vida
crearé a ningún otro hombre.

ANTOÑITA. Ahí tenéis a vuestro padre que vuelve.

ESCENA QUINTA

ARGAN, ANGÉLICA, ANTOÑITA

ARGAN. *(Se sienta en su silla)* Pues sí, hija mía; voy a daros una noticia que quizá no os esperáis. Me habéis sido pedida en casamiento. ¿Qué os sucede? Os reís. Es agradable, sí, esta palabra de casamiento; no hay nada que les parezca más grato a las muchachas. ¡Ah, naturaleza, naturaleza! Por lo que veo, hija mía, no hay necesidad de que os pregunte si queréis casaros.

ANGÉLICA. Yo he de hacer, padre mío, todo cuanto os plazca ordenarme.

ARGAN. Estoy satisfecho de tener una hija tan obediente. El asunto está pues terminado, y os tengo prometida.

ANGÉLICA. Es mi deber, padre mío, seguir ciegamente todos vuestros deseos.

ARGAN. Mi mujer, vuestra madrastra, quería que os hiciera religiosa, así como también a vuestra hermana Luisita. Siempre se ha obstinado en

ello.

ANTOÑITA. (*En voz baja.*) La pícara tenía sus razones.

ARGAN. No quería consentir en este casamiento, pero he ganado yo y he dado mi palabra.

ANGÉLICA. ¡Ah, padre mío, cuán agradecida os estoy por vuestras bondades.

ANTOÑITA. (*A ARGAN.*) En verdad que me alegra oíros decir esto, y creo que es la acción más cuerda que habéis tomado en vuestra vida.

ARGAN. No he visto todavía al interesado, pero me han dicho que quedaría satisfecho, y tú también.

ANGÉLICA. Estoy cierta, padre mío.

ARGAN. ¿Cómo y cuándo lo has visto?

ANGÉLICA. Puesto que vuestro consentimiento me autoriza a abriros mi corazón, no os ocultaré que el azar hizo que ambos nos conociéramos hace de ello seis días, y que la petición que os ha sido hecha es un efecto de la inclinación que, desde aquella primera entrevista, hemos sentido el uno para el otro.

ARGAN. ¡Ah!, no me lo han dicho, pero me place oírlo, y tanto mejor que las cosas hayan ido por este camino. Me han contado que es un muchacho alto y apuesto.

ANGÉLICA. ¡Oh, sí, padre mío!

ARGAN. De buena estampa.

ANGÉLICA. Sin duda.

ARGAN. Una persona agradable.

ANGÉLICA. Claro que sí.

ARGAN De buena fisonomía.

ANGÉLICA. Muy buena.

ARGAN Juicioso y bien nacido.

ANGÉLICA. Enteramente.

ARGAN Muy honrado.

ANGÉLICA. El más honrado del mundo.

ARGAN Que habla a la perfección el latín y el griego.

ANGÉLICA. Esto sí que no lo sé.

ARGAN Y que será médico dentro de tres días.

ANGÉLICA. ¿El, padre mío?

ARGAN Sí. ¿Es que no te lo ha dicho?

ANGÉLICA. No, de veras. ¿Quién os lo ha dicho a vos?

ARGAN El señor Purgón.

ANGÉLICA. ¿Es que el señor Purgón le conoce?

ARGAN ¡ Vaya pregunta! Tiene que conocerle, puesto que es su sobrino.

ANGÉLICA. ¿Cleanto, sobrino del señor Purgón?

ARGAN ¿Qué Cleanto? Estamos hablando de quien te ha pedido en matrimonio.

ANGÉLICA. Pues bien, sí.

ARGAN Pues es el sobrino del señor Purgón, o sea el hijo de su cuñado, el médico señor Diafoirus; y este hijo se llama Tomás Diafoirus, y no Cleanto ; y hemos convenido este casamiento, precisamente esta mañana, el señor Purgón, el señor Fleurant y yo, y mañana este presunto yerno me debe ser presentado por su padre. ¿Qué su

cede? ¡Te veo muy sorprendida!

ANGÉLICA. Es que, padre mío, vos habéis hablado de una persona y yo he entendido que era otra.

ANTOÑITA. ¡Vaya! Señor, ¿habréis sido capaz de tramar este proyecto burlesco? ¡Vos, con todo lo que poseéis, queríais casar a vuestra hija con un médico?

ARGAN. Sí. ¿Y por qué te mezclas en esto, bribona, mal-dita descarada?

ANTOÑITA. ¡Dios mío! Vayamos despacito. Vos arreáis por delante los insultos. ¿Es que no podemos razonar juntos sin salirnos de las casillas? Así que hablemos a sangre fría. ¿Cuál es la razón que tenéis para este matrimonio?

ARGAN. Mi razón es que, viéndome enfermo y achacoso, que de veras lo estoy, quiero tener un yerno y unos aliados, médicos todos ellos, a fin de asegurarme buenos auxilios contra mi enfermedad; de tener en mi familia la fuente de los remedios que necesito y poder contar con consultas y recetas.

ANTOÑITA. ¡Vaya, vaya! Eso es dar una razón, y da gusto conversar amablemente los unos con los otros. Pero, señor, poneos la mano en la conciencia. ¿Es que realmente estáis enfermo?

ARGAN. ¿Cómo que si estoy enfermo? ¡Bribona! ¡Pregunta si yo estoy enfermo, descarada!

ANTOÑITA. Bien, bien, sí, señor; estáis enfermo, no discu-

tamos sobre esto. Sí, estáis muy enfermo, no lo pongo en duda, y mucho más de lo que creéis. Ya estamos de acuerdo. Pero vuestra hija tiene que casarse con un marido para ella; y, no estando enferma, no es necesario darle un médico.

ARGAN Para mí le doy este médico; y una hija buena y sumisa debe sentirse encantada de casarse con lo que es útil a la salud de su padre.

ANTOÑITA. ¡Ya os digo yo, señor! ¿Queréis que, como amiga, os dé un buen consejo?

ARGAN ¿Y cuál es este consejo?

ANTOÑITA No pensar más en ese noviazgo.

ARGAN ¿Y por qué razón?

ANTOÑITA. ¿La razón? Pues que vuestra hija no consentirá nunca en ello.

ARGAN ¿Que... no consentirá?

ANTOÑITA. No.

ARGAN ¿Mi hija?

ANTOÑITA. Vuestra hija. Os diré que no tiene nada que hacer del señor Diafoirus, ni de su hijo Tomás Diafoirus, ni de todos los Diafoirus de este mundo.

ARGAN Pues yo sí que tengo algo que hacer con ellos, ¿entiendes? Además, el partido es más ventajoso de lo que se cree. El señor Diafoirus no tiene más que a ese hijo por heredero; y, además, el señor Purgón, que no tiene ni esposa ni hijos, le da todos sus bienes con ocasión de esta

boda; y el señor Purgón es un hombre que tiene muy bien sus ocho mil libras de renta.

ANTOÑITA. Habrá tenido que matar a mucha gente, para haber llegado a ser tan rico.

ARGAN Ocho mil libras de renta son algo, sin contar con lo del padre.

ANTOÑITA. Señor, todo esto es bueno y bonito; pero yo vuelvo a la mía. Entre nosotros, os aconsejo que le escojáis otro marido, pues ella no está hecha para ser la señora Diafoirus.

ARGAN Pues yo quiero que lo sea.

ANTOÑITA. ¡Ah, quitad allá!, no digáis eso.

ARGAN ¿Cómo que no diga eso?

ANTOÑITA. Claro que no.

ARGAN ¿Y por qué no he de decirlo?

ANTOÑITA. Se dirá que no pensáis lo que decís.

ARGAN Que digan lo que quieran; pero lo que te digo a ti es que quiero que ella cumpla la palabra que he dado yo.

ANTOÑITA. No, estoy segura de que no lo hará.

ARGAN Pues la obligaré a ello.

ANTOÑITA. Yo os digo que no lo hará.

ARGAN Ella lo hará o la encerraré en un convento.

ANTOÑITA. ¿Vos?

ARGAN Yo.

ANTOÑITA. Bien.

ARGAN ¿Que quieres decir con ese "bien"?

ANTOÑITA. Vos no la vais a encerrar en un convento.

ARGAN ¿Qué yo no voy a encerrarla en un convento?

ANTOÑITA. No.

ARGAN ¿No?

ANTOÑITA. No.

ARGAN ¡Oyeme! ¡Esta sí que es buena! ¿Que yo no voy
a meter a mi hija en un convento, si lo quiero?

ANTOÑITA. No, os lo digo yo.

ARGAN ¿Quién me lo impedirá?

ANTOÑITA. Vos mismo.

ARGAN ¿Yo?

ANTOÑITA. Sí. No sois capaz de tener tan mal corazón.

ARGAN Vaya si lo tendré.

ANTOÑITA. Estáis chanceando.

ARGAN No chanceo.

ANTOÑITA. La ternura paternal os lo impedirá.

ARGAN No me lo impedirá.

ANTOÑITA. Una lagrimita o dos, unos brazos rodeándoos el
cuello, un "Mi papaíto guapo", pronunciado
con ternura, bastarán para rendiros.
Todo esto no servirá para nada.

ANTOÑITA. Sí, sí.

ARGAN. Te aseguro que no me volveré atrás.

ANTOÑITA. ¡Tonterías!

ARGAN. Haces mal en creer que son tonterías.

ANTOÑITA. ¡Dios mío! Si os conozco: sois bueno de natural.

ARGAN. (*Con vehemencia.*) No soy bueno; y, además,
soy malo cuando quiero.

ANTOÑITA. Calma, calma, señor; os olvidáis que estáis en-

fermo.

ARGAN. Le ordeno muy seriamente que se prepare para tomar el marido que le propongo.

ANTOÑITA. Y yo le prohíbo terminantemente que lo haga.

ARGAN. Pero ¿dónde estamos? ¿Cuál es la audacia de esta bribona de sirvienta para atreverse a hablar así delante de su señor?

ANTOÑITA. Cuando un señor no piensa en lo que hace, una sirvienta sesuda tiene el derecho de corregirle.

ARGAN. (*Yendo hacia ANTOÑITA.*) ¡Ah, insolente! ¡Yo sí voy a corregirte!

ANTOÑITA. (*Huyendo de él.*) Es mi deber oponerme a las cosas que os pueden deshonar.

ARGAN. (Montado en cólera, corre detrás de ella alrededor de la silla con su bastón en la mano.) Ven, acércate, que te voy a enseñar a hablar.

ANTOÑITA. (*Corriendo y escapándose hacia el lado de la silla donde no está.*) Me intereso porque es mi deber evitar que hagáis ninguna locura.

ARGAN. (*Lo mismo.*) ¡Maldita perra!

ANTOÑITA. (*Lo mismo.*) ¡No! Yo no consentiré jamás este matrimonio.

ARGAN. (*Lo mismo.*) ¡Bribona

ANTOÑITA. (*Lo mismo.*) Yo no quiero que se case con vuestro Tomás Diafoirus.

ARGAN. (*Lo mismo.*) ¡Mala pécora

ANTOÑITA. (*Lo mismo.*) Y ella me obedecerá más que a vos.

ARGAN. (*Deteniéndose.*) ¡Angélica! ¿Es que no quieres

detener a esa bribona?

ANGÉLICA. Vamos, padre, no os disgustéis; vais a enfermar.

ARGAN. (A ANGÉLICA.) Si no me paras a esa bruja, te daré mi maldición.

ANTOÑITA. (Marchándose.) Y yo la desheredaré si os obedece.

ARGAN. (Se desploma en su silla, cansado de perseguirla.)
¡Ay, ay! No puedo más. Lo que me faltaba para matarme.

ESCENA SEXTA

BELINA, ANGÉLICA, ANTOÑITA, ARGAN

ARGAN. ¡Ah!, esposa mía, acercaos.

BELINA. ¿Qué os sucede, mi pobre marido?

ARGAN. Venid, venid pronto en mi ayuda.

BELINA. ¿Qué es lo que pasa, hijito mío?

ARGAN. Querida, mamita.

BELINA. Amigo mío.

ARGAN. Me han hecho montar en cólera.

BELINA. ¡Ah, pobre maridito! ¿Y cómo ha sido eso, amigo mío?

ARGAN. Vuestra pícara Antoñita se ha vuelto más insolente que nunca.

BELINA. No os lo toméis de este modo.

ARGAN. Me ha hecho rabiar, querida.

BELINA. Calma, calma, hijito.

ARGAN. Durante una hora ha estado contrariándome

respecto de todo lo que quiero hacer.

BELINA. Vamos, vamos, tranquilo.

ARGAN. Y ha tenido la desvergüenza de decirme que no estoy enfermo.

BELINA. Eso es una impertinencia.

ARGAN. Y vos sabéis, corazoncito, lo que me pasa.

BELINA. Sí, mi amor; está equivocada.

ARGAN. Alma mía, esta bribona me hará morir.

BELINA. Vamos, vamos.

ARGAN. Ella es la causa de toda la bilis que me sale del cuerpo.

BELINA. No os la toméis tan a pecho.

ARGAN. Y no sé cuánto tiempo hace que os digo que me la quitéis de delante.

BELINA. ¡Dios mío! Hijito, no existen los sirvientes sin defectos. Una se ve con frecuencia obligada a sufrir sus malas cualidades a cambio de las buenas. Esta es lista, cuidadosa, diligente, y sobre todo fiel; y de sobras sabéis que hay que ser precavido en cuanto a la gente que nos metemos en casa. ¡Ah, Antoñita

ANTOÑITA. Señora.

BELINA. ¿A santo de qué haces rabiar a mi marido?

ANTOÑITA. *(Con un tono suave)*

¿Yo, señora? ¡Ay de mí!

No sé a qué se refiere la señora, y no tengo más anhelo que complacer al señor en todas sus cosas.

ARGAN. ¡Ah, la traidora!

- ANTOÑITA. Nos ha dicho que quería otorgar su hija en matrimonio al hijo del señor Diafoirus; yo le he contestado que encontraba el partido ventajoso para ella, pero que yo cresa que haría mejor metiéndola en un convento.
- BELINA. No hay nada malo en eso, y encuentro que lleva razón.
- ARGAN. ¡Ah!, amor mío, ¿os la creéis? Es una malvada, me ha dicho toda suerte de insolencias.
- BELINA. ¡Vaya!, os creo, amigo mío. Así, calmaos. Escuchad, Antoñita: si hacéis rabiar otra vez a mi marido, os pondré de patitas en la calle. Esto es; y ahora dadme la manta forrada y los almohadones para que le acomode en su silla. No sé cómo estáis envuelto. Entraos bien vuestro gorro, hasta las orejas: no hay nada que resfríe tanto como que dé el aire en los oídos.
- ARGAN. ¡Ah, amor mío, cuán agradecido estoy de todos los cuidados que me dedicáis
- BELINA. *(Arreglando los almohadones alrededor de ARGAN)* Levantaos para que pueda ponerlos éste debajo. Pongamos éste para que os apoyéis en él, y éste al otro lado. Pongamos éste a vuestra espalda, y éste otro para sostener vuestra cabeza.
- ANTOÑITA. *(Poniéndole con rudeza un almohadón sobre la cabeza y escapándose luego.)* Y éste para guardaros del relente.
- ARGAN. *(Se levanta colérico y echa todos los almohadones*

a Antoñita.) ¡Ah, bribona, quieres ahogarme!

BELINA. ¡Vamos, vamos! ¿Qué es lo que os pasa?

ARGAN. (*Jadeante, se deja caer en la silla.*) ¡Ah, ah, ah!

No puedo más.

BELINA. ¿Por qué os exaltáis así? Ella ha creído hacerlo bien.

ARGAN. Vos no conocéis, amor mío, la malicia de esa maldita. ¡Ah!, me ha sacado de mis casillas; y se necesitarán ocho médicos y doce lavativas para reparar todo esto.

BELINA. Bien, bien, amigo mío, calmaos un poco.

ARGAN. Amor mío, sois mi único consuelo.

BELINA. ¡Pobre pequeñín mío!

ARGAN. Para procurar hacer honor al amor que me ofrecéis, quiero, esposa mía, como ya os dije, hacer mi testamento.

BELINA. ¡Uy, amigo mío! No hablemos de eso, os lo ruego. No podría soportar esta idea; y la sola mención del testamento me hace temblar de dolor.

ARGAN. Ya os he dicho que habléis de ello a vuestro notario.

BELINA. Ahí está; lo he traído conmigo.

ARGAN. Hacedlo entrar, mi amor.

BELINA. ¡Ay de mí!, amigo mío, cuando se quiere de veras a un marido, no se está para pensar en todo esto.

ESCENA SÉPTIMA

EL NOTARIO, BELINA, ARGAN

- ARGAN. Acercaos, señor de Bonnefoy, acercaos. Tomad asiento, por favor. Mi esposa me ha dicho que sois un gran hombre honrado y uno de sus buenos amigos; y -la he rogado que os hablara acerca de un testamento que quiero formalizar.
- BELINA. ¡Ay, pobre de mí!; no me siento con valor para hablar de estas cosas.
- NOTARIO. Ella me ha explicado, señor, vuestras intenciones y el propósito que tenéis a su favor; y he de deciros que no podríais dar nada a vuestra esposa por medio de vuestro testamento.
- ARGAN. ¿Y eso por qué?
- NOTARIO. La costumbre se opone a ello. Si estuviéseis en un país de derecho escrito, no habría inconveniente; pero en París y en los países de derecho consuetudinario, por lo menos en su mayoría, no puede hacerse, y vuestra disposición sería nula. Todo el beneficio que hombre y mujer unidos por matrimonio pueden hacerse el uno al otro es un don mutuo entre vivos, y aun es preciso para ello que no haya hijos, ya sea de ambos cónyuges, ya de uno de ellos, en el momento de la defunción del primer muerto.
- ARGAN. Vaya una costumbre impertinente: que un marido no pueda dejar nada a una mujer que le

ama tiernamente y que se toma por él tantos cuidados. Me gustaría consultar a mi abogado para saber cómo podría hacerlo.

NOTARIO. No hay que dirigirse a los abogados, pues acostumbran a ser muy severos a este respecto y se imaginan que es un gran delito disponer en fraude de la ley. Son gente de dificultades y que están en la ignorancia de los vericuetos de la conciencia. Existen otras personas a quienes consultar que son mucho más acomodaticias; que tienen recursos para pasar suavemente por encima de la ley y hacer que sea justo lo que no está permitido; que saben allanar las dificultades de un asunto y encontrar los medios de eludir la costumbre por alguna ventaja indirecta. Sin esto, ¿adónde iríamos a parar a cada momento? Hay que dar facilidades para la resolución de las cosas; de otra manera, no podríamos hacer nada, y yo no daría un céntimo por nuestro oficio.

ARGAN. Mi mujer ya me había dicho, caballero, que erais tan hábil como honesto. Podéis decirme, pues, si gustáis, ¿cómo he de hacerlo para darle a ella mis bienes y privar a mis hijos de ellos?

NOTARIO. ¿Que cómo lo podéis hacer? Podéis designar bonitamente a un amigo íntimo de vuestra esposa, a quien daréis en debida forma en vuestro testamento, todo cuanto queráis. Y este amigo en seguida se lo entregará todo. También podéis

contraer un gran número de obligaciones,
nada sospechosas, en provecho de varios acreedores,
que prestarán su nombre a vuestra esposa,
y entre cuyas manos ellos confiarán su declaración
de que cuanto han hecho ha sido única
mente con la intención de complacerla. También
podéis, mientras os encontráis en vida,
poner en sus manos dinero contante y sonante,
o billetes que podáis poseer, pagaderos al portador.

BELINA. ¡Dios mío!, no hay por qué atormentaros con
todo esto. Si vos no estáis en él, hijo mío, no
quiero quedarme en este mundo.

ARGAN. Amor mío...

BELINA. Sí, amigo mío; si tengo la desgracia de perderos...

ARGAN. Mujer querida...

BELINA. ¿De qué me va a servir la vida?

ARGAN. Dulce amor mío.

BELINA. Y seguiré vuestros pasos para probaros la ternura
que siento por vos.

ARGAN. Querida, me destrozáis el corazón. Consolaos,
os lo ruego.

NOTARIO. (A *BELINA*.) Estas lágrimas están fuera de
lugar, las cosas no están todavía en ese punto.

BELINA. ¡Ah, caballero!, no sabéis qué es un marido a
quien se ama con ternura.

ARGAN. Toda mi pesadumbre, si me muero, amor mío,
es no tener ningún hijo vuestro. El señor Purgón
me había dicho que conseguiría que os hiciera uno.

NOTARIO. Esto podría todavía acontecer.

ARGAN. Es preciso hacer mi testamento, amor mío, tal como dice el señor; pero, por precaución, quiero poner en vuestras manos veinte mil francos en oro que guardo en el zócalo de mi alcoba y dos billetes pagaderos al portador que me deben, uno, el señor Damon y, otro, el señor Gérante.

BELINA. No, no, no quiero nada de eso. ¡Ay!, ¿cuánto decís que hay en vuestra alcoba?

ARGAN. Veinte mil francos, amor mío.

BELINA. No me habléis de intereses, os lo ruego. ¡Ay! ¿Y de cuánto son los dos billetes?

ARGAN. Pues son, querida, uno de cuatro mil y el otro de seis.

BELINA. Todos los bienes del mundo, amigo mío, nada me importan si os pierdo a vos.

NOTARIO. (A ARGAN.) ¿Queréis que procedamos a redactar el testamento?

Sí, señor, pero estaríamos mejor en mi despacho. Amor mío, conducidme, por favor.

BELINA. Vamos a donde queráis, mi pobre pequeñuelo.

ESCENA OCTAVA

ANGÉLICA, ANTOÑITA

ANTOÑITA. Ahí los tenéis con un notario, y he oído que

hablaban de testamento. Vuestra madrastra no pega ojo, y es, sin duda, alguna conspiración contra vuestros intereses la que está tramando con vuestro padre.

ANGÉLICA. Que disponga de sus bienes a su gusto, mientras no quiera mandar en mi corazón. Ya vez, Antoñita, los proyectos violentos que están urdiendo contra mi amor. No me abandones, te lo ruego, en el atolladero en que me hallo.

ANTOÑITA. ¿Abandonaron yo? Antes querría morir. Vuestra madrastra puede a su antojó hacerme su confidente y quererme convencer de que sirva a sus intereses; pero nunca he podido sentir por ella ninguna inclinación, y he estado siempre de vuestro lado. Dejadme hacer, haré cuanto sea preciso por vos; pero, para serviros con más eficacia, quiero cambiar de batería, disimular el celo que me inspiráis y fingir que comparto los sentimientos de vuestro padre y de vuestra madrastra.

ANGÉLICA. Haz cuanto puedas, te lo imploro, para dar a conocer a Cleante el matrimonio que han concertado.

ANTOÑITA. No tengo a nadie más a quien confiar esta empresa que el viejo usurero polichinela, que me corteja, y sólo me costará algunas zalamerías, que me agradaría emplear en vuestro servicio. Hoy es ya demasiado tarde; pero mañana, de madrugada, le mandaré llamar, y estará encantado de...

BELINA. *(Desde el interior de la casa)* ¡Antoñita!

ANTOÑITA. *(A ANGÉLICA)*. Ya me están llamando. Buenas noches. Confiad en mí.

Cambia el decorado y representa una ciudad.

PRIMER INTERMEDIO

POLICHINELA viene, en la noche, para festejar con una serenata a su enamorada. Le interrumpen primero unos violines, contra los que se irrita, y luego la ronda compuesta de músicos y bailarines.

POLICHINELA. ¡Oh, amor, amor, amor, amor! ¡Pobre Polichinela!,
¿qué diablo de fantasía has ido a
meterte en la cabeza? ¿En qué te diviertes, insensato
incorregible?
Apartas la atención de tus negocios y los dejas
en el más absoluto abandono.
No comes ni bebes casi, no gozas del reposo
de la noche; y todo ello, ¿por qué? Por
una ingrata, cruel ingrata, una diablesa que me
rechaza, y se burla de cuanto le digo. Pero no
hay que buscar lógica en esto: tú lo quieres,
amor; hay que estar loco, como lo están muchísimos otros.
Esto no es lo mejor, que digamos, para un hombre de mi edad;
pero ¿qué queréis que haga? Uno no es juicioso cuando

quiere, y los cerebros viejos se desquician como los jóvenes.
Ahora me tenéis aquí intentando ver si logro suavizar a mi tigresa con una serenata. A veces, no hay nada más emotivo que un galán enamorado que viene a cantar sus amarguras a los goznes y los cerrojos de la puerta de su amada. (Después de haber tomado su laúd. Aquí traigo algo para acompañar mi voz. ¡Oh, noche! Oh, idolatrada noche!, lleva mis lamentos amorosos hasta el lecho de mi inflexible. (*Canta estas*

palabras.)

Notte e di v`amo e v`adoro,
Busco un si per mio ristoro;
Ma se voi dite di no,
Bell ingrata, io moriró.
Fra la speranza
S`afflige il cuore,
In lontananza
Consuma l'hore;
Si dolce inganno
Che mi figura
Breve l'affano
Ahi!, troppo dura!
Cosí per tropp amar languisco e muoro
Notte e di v`amo e v`adoro,
Cerco un si per mio ristoro;
Ma se voi dite di no,

Bell` ingrata, lo moriró.
Se non dormite,
Almen pensate
Alíe ferite
Ch`al cuor mi fate;
Deh! almen fingete,
Per mio conforto,
Se m'uccidote,
D'haver il torto:
Vostra pietá mi scemerá il martoro.
Notte e di v amo e v adoro.
Cerco un s;per mío ristoro;
Ma se voi dite di no,
Bellingrata, io moriró.

*Una vieja aparece en la ventana y responde al señor POLI-
CHINELA, burlándose de él.*

Zarbinetti, ch` ógnfsor con finti sguardi,
Mentiti desiri,
Fallaci sospiri,
Accenti bugiardi,
Di fede vi pregiate,
Ah!, che non mingannate,
Che già so per prova
Ch in voi non si trova
Constan a ne fede;
Oh! quanto é panza colei che vi crede!
Que´ sguardi languidi

Non minnamorano,
Que; sospir fervidi
Piu non minfiammano;
Vel giuro a fe.
Zerbino misero,
Del vostro piangere,
Il mio cor libero
Vuol sempre ridere
Credet' a me
Che già so per prova
Ch in voi non si trova
Constanza ne fede;
Oh!, quanto ¿pasa tole; que vi crede!

(Violines.)

POLICHINELA. ¿Qué impertinente armonía viene a interrumpir mi voz?

(Violines.)

POLICHINELA. ¡Silencio! Callaos, violines; dejad que me la mente a mis anchas de las crueldades de mi inexorable.

(Violines.)

POLICHINELA. Callaos, os digo. Soy yo quien quiere cantar.

(Violines.)

POLICHINELA. Por tanto, ¡silencio!

(Violines.)

POLICHINELA. ¡Vaya!

(Violines.)

POLICHINELA. ¡Ay!

(Violines.)

POLICHINELA. ¿Es que va de guasa?

(Violines.)

POLICHINELA. ¡Ah, cuánto ruido!

(Violines.)

POLICHINELA. ¡Que el diablo os lleve!

(Violines.)

POLICHINELA. ¡Me exaspero!

(Violines.)

POLICHINELA. ¿No vais a callaros? ¡Loado sea Dios!

(Violines.)

POLICHINELA. ¿Todavía?

(Violines.)

POLICHINELA. ¡Caramba con los violines!

(Violines.)

POLICHINELA. ¡Vaya música insulsa que os traéis!

(Violines.)

POLICHINELA. (Cantando, para mofarse de los violines.) La, la,
la, la, la, la.
(Violines.)

POLICHINELA. La, la, la, la, la, la.
(Violines.)

POLICHINELA. La, la, la, la, la, la, la, la.
(Violines.)

POLICHINELA. La, la, la, la, la.
(Violines.)

POLICHINELA. La, la, la, la, la, la.
(Violines.)

POLICHINELA. ¡A fe mía, que eso me divierte! Seguid, señores de los violines; me agrada mucho. (*Al no oír nada.*) Vamos, adelante, continuad. Os lo ruego. (*Solo.*) Esta es la manera de lograr que se callen. La música está acostumbrada a no hacer lo que uno quiere. ¡ Oh! ¡Ea, ésta es la nuestra! Antes de cantar, he de ensayar un poco y tocar alguna pieza, a fin de hallar el tono. (*Toma su laúd, con el que simula tocar, imitando con sus labios el sonido de este instrumento.*) Plan, plan, plan. Plin, plin, plin. Vaya, mal tiempo para afinar un laúd. Plin, plin, plin. Plin tan plan. Plin, plin. Las cuerdas no dan el tono con este tiempo. Plin, plan. Oigo ruido; escondamos mi laúd en la puerta.

ARQUEROS. (*Pasan por la calle, acuden al ruido que oyen y preguntan.*)

¿Quién anda por ahí? ¡Hola!

POLICHINELA. (*En voz, baja.*) ¿Que diablos son éstos? ¿Es que está de moda hablar con música.?

ARQUEROS. ¿Quién anda ahí? ¿Quién anda ahí? ¿Quién anda ahí?

POLICHINELA. (*Asustado.*) Yo, yo, yo.

ARQUEROS. ¿Quién está ahí? ¿Quién va por ahí?, os preguntamos.

POLICHINELA. Yo, yo, os digo.

ARQUEROS. ¿Y quién eres tú? ¿Quién eres tú?

POLICHINELA. Yo, yo, yo, yo, yo, yo.

ARQUEROS. Dinos tu nombre, dinos tu nombre sin esperar

más.

POLICHINELA. (*Fingiendo valor y atrevimiento.*) Mi nombre es:

¡ Ve a que te ahorquen!

ARQUEROS. Por aquí, compañeros; aquí. Atrapemos al insolente que nos contesta así.

INTERMEDIO DE BAILE

Entra toda la ronda, que busca a POLICHINELA en la oscuridad de la noche.

(Violines y bailarines.)

POLICHINELA. ¿Quién anda ahí?

(Violines y bailarines:)

POLICHINELA. ¿Quiénes son los bellacos que oigo?

(Violines y bailarines.)

POLICHINELA. ¡Ah!

(Violines y bailarines.)

POLICHINELA. ¡Hola! ¡A mí, mis lacayos, a mí mi gente!

(Violines y bailarines.)

POLICHINELA. ¡Por la muerte!

(Violines y bailarines.)

POLICHINELA. ¡Por la sangre!

(Violines y bailarines.)

POLICHINELA. ¡Los voy a derribar!

(Violines y bailarines.)

POLICHINELA. ¡Champañés, puatuvés, picardés, vasco, bretón!

(Violines y bailarines.)

POLICHINELA. ¡Dadme un mosquete!

(Violines y bailarines.)

POLICHINELA. (*Haciendo el ademán de disparar una pistola.*)

¡Pum!

Se caen todos y huyen corriendo.

POLICHINELA. (Burlándose) ¡Ah, ah, ah, ah! ¡Vaya susto que

les he dado! Se necesita ser necio para tener miedo de mí, a quien todo el mundo intimida.

¡A fe mía! En este mundo basta ser listo. Si no me las hubiera dado de gran señor y no hubiese gritado como un valiente, seguro que me daban una paliza. ¡Ah, ah, ah! (*Los ARQUEROS se acercan y, habiendo oído lo que decía, le agarran por el cuello.*)

ARQUEROS. Ya es nuestro. Ya le tenemos. Aquí, compañeros,

¡Aquí! Traed las linternas.

BALLET

Toda la ronda entra con linternas.

ARQUEROS. ¡Ah, traidor! ¡Ah, bellaco! ¿Erais, pues, vos?
 Ganapán, pillastre, bribón, descarado, temerario.
 Insolente, sinvergüenza, malandrín, pillete, ladrón.
 ¿Habéis osado darnos miedo?

POLICHINELA. Señores, es que estaba beodo.

ARQUEROS. No, no, no; nada de razones.
 Hay que enseñaros a bien vivir.
 ¡Pronto! ¡Ala peor de las prisiones

POLICHINELA. Señores, yo no soy un ladrón.

ARQUEROS. A la prisión.

POLICHINELA. Yo soy un buen burgués de la villa.

ARQUEROS. A la prisión.

POLICHINELA. Pero ¿qué es lo que he hecho?

ARQUEROS. A la cárcel, pronto, a la prisión.

POLICHINELA. Señores, permitid que me vaya.

ARQUEROS. No.

POLICHINELA. Os lo ruego.

ARQUEROS. No.

POLICHINELA. ¡Ah!... ARQUEROS. No. POLICHINELA.
 Concededme esa gracia.

ARQUEROS. No y no.

POLICHINELA. Pero, señores...

ARQUEROS. No, no y no.

POLICHINELA. Por favor os lo ruego.

ARQUEROS. ¡ Que no!

POLICHINELA. Por caridad.

ARQUEROS. No, no.

POLICHINELA. ¡En nombre del Cielo!

ARQUEROS. No, no.

POLICHINELA. ¡Misericordia!

ARQUEROS. No, no y no; nada de razones.
Hay que enseñaros a bien vivir.
¡Pronto! ¡ A la peor de las prisiones

POLICHINELA. ¡Vamos! ¿Es que no hay nada que sea capaz de
conmover vuestros corazones?

ARQUEROS. Nada hay más fácil que conmovernos.
Somos todos humanos, más que lo parecemos:
Dadnos, chita callando, seis pistolas para
vino y veréis que nos vamos por donde he-
mos venido.

POLICHINELA. ¡Ah, señores!, os aseguro que no llevo ni un
sueldo encima.

ARQUEROS. A falta de seis pistolas,
escoged, sin embarazo,
o doce golpes de palo
o treinta capirotaos.

POLICHINELA . Si a tal sentencia no hay remedio, y por ella he
de pasar, prefiero los capirotaos.

ARQUEROS. Vamos, preparaos, sin más razones,
y contad los golpetazos.

BALLET

LOS ARQUEROS bailarines le dan los capirotaos al son de

la música.

POLICHINELA. Uno y dos, tres y cuatro, cinco y seis, siete y ocho, nueve y diez, once y doce y trece, y catorce, y quince.

ARQUEROS. ¡Ah, ah!, queréis saltaros alguno;
Empezad pues, de nuevo, por el uno.

POLICHINELA. ¡Ay, señores, mi pobre cabeza ya no puede más, y acabáis de ponérmela como una manzana al horno. Prefiero los bastonazos mejor que empezar de nuevo.

ARQUEROS. ¡Sea! Puesto que el palo os viene más a gusto, os vamos a complacer para que se os vaya el susto.

BALLET

LOS ARQUEROS bailarines le dan algunos golpes de palo al ritmo de la música.

POLICHINELA. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah! Ya no puedo resistir más. Oíd, señores; aquí tenéis seis pistolas, que os entrego de buen grado.

ARQUEROS. ¡Ah! ¡Hombre honrado! ¡Ah! ¡Alma noble y bella! Adiós, señor; adiós, señor Polichinela.

POLICHINELA. Señores, que tengáis buena noche.
ARQUEROS. Adiós, señor; adiós, señor Polichinela.
POLICHINELA. Soy vuestro servidor.
ARQUEROS. Adiós, señor; adiós, señor Polichinela.
POLICHINELA. Vuestro humilde sirviente.
ARQUEROS. Adiós, señor; adiós, señor Polichinela.
POLICHINELA. Hasta la vista.

BALLET

Todos ellos danzan, demostrando gran regocijo por el dinero que han recibido.

La escena se transforma y aparece el mismo aposento.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

ANTOÑITA, CLEANTE

ANTOÑITA. (*No reconoce a Cleante.*) ¿Qué deseáis, señor?

CLEANTE. ¿Qué deseo?

ANTOÑITA. ¡Ah, ah! ¿Sois vos? ¡Qué sorpresa! ¿Qué venís a hacer aquí?

CLEANTE. A saber qué me depara el destino, hablar con la amable Angélica, consultar los sentimientos de su corazón y preguntarle cuáles son sus resoluciones respecto a ese casamiento fatal del que me han prevenido.

ANTOÑITA. Sí, pero no se habla así, de buenas a primeras, con Angélica. Tiene que haber su pizca de misterio, y ya os ha dicho la vigilancia estrecha a que está sometida; tanta, que no puede ni salir ni hablar con nadie. Sólo a la curiosidad de una vieja tía suya se debe la libertad de que acudiera a esa comedia en que os visteis los dos por primera vez y que dio lugar al nacimiento de vuestra pasión, y nos hemos guardado mucho de hablar de esta aventura.

CLEANTE. Por eso no vengo como Cleante y bajo la apariencia de su galán, sino como amigo de su maestro de música, quien me ha dado permiso para decir que me envía en su lugar.

ANTOÑITA. Ahí viene su padre. Retiraos un poco y dejadme decirle que estáis aquí.

ESCENA SEGUNDA

ARDAN, ANTOÑITA, CLEANTE

- ARGAN. (*Creyendo estar solo y sin ver a ANTOÑITA.*)
El señor Purgón me ha dicho que me paseara por las mañanas por mi aposento, doce idas y doce vueltas; pero se me ha olvidado preguntarle si era a lo largo o a lo ancho.
- ANTOÑITA. Señor, he ahí un...
- ARGAN. ¡Habla bajo, bribona! Me acabas de conmovier todo el cerebro; y ni siquiera tienes en cuenta que no hay que hablar tan alto a los enfermos.
- ANTOÑITA. Quería deciros, señor...
- ARGAN. Habla bajo, te digo.
- ANTOÑITA. Señor... (*Aparenta estar hablándole.*)
- ARGAN. ¿Qué?
- ANTOÑITA. Os decía que... (*Aparenta estar hablándole.*)
- ARGAN. ¿Qué es lo que dices?
- ANTOÑITA. (*En voz, alta.*) Digo que ahí está un hombre que quiere hablaros.
- ARGAN. Dile que venga. (*ANTOÑITA hace seña a CLEANTE para que entre.*)
- CLEANTE. Señor...
- ANTOÑITA. (*Escarneciendo a su amo.*) No habléis tan alto, podríais despedazar el cerebro del señor...
- CLEANTE. Señor, estoy encantado de hallaros levantado y de ver que os encontráis mejor.
- ANTOÑITA. (*Fingiendo estar encolerizada.*) ¿Qué es eso de

que se encuentra mejor? ¡Esto es falso! El señor se encuentra siempre mal.

CLEANTE. He oído decir que el señor se siente mejor y admiro su buena cara.

ANTOÑITA. ¿Qué queréis decir con eso de buena cara? El señor la tiene pésima, y han sido personas im pertinentes las que os han dicho que se siente mejor. Nunca se había encontrado peor.

ARGAN. Tiene razón.

ANTOÑITA. Anda, duerme, come y bebe como los demás; pero esto no empecé para que esté muy enfermo.

ARGAN. Esto es cierto.

CLEANTE. Señor, creed que lo siento infinito. Vengo de parte del maestro de canto de la señorita, vuestra hija. Se ha visto obligado a ir al campo por algunos días; y por mi calidad de amigo íntimo suyo, me manda en su lugar para proseguir las lecciones, temiendo que al interrumpirlas olvidara la discípula lo que ya sabe.

ARGAN. Muy bien. (A ANTOÑITA.) *Llama a Angélica.*

ANTOÑITA.) Me parece, señor, que sería mejor que acompañara al señor a su habitación.

ARGAN. No; decidle que venga.

ANTOÑITA. No podrá darle su lección como conviene si no se encuentran en privado.

ARGAN. Sí podrán, sí podrán.

ANTOÑITA. Señor, esto no hará más que aturdirlos, y poca

cosa basta para alteraros la sangre en el estado en que estáis, y despedazaros el cerebro.

ARGAN. Nada de eso, nada de eso; me gusta la música, y me agradará mucho... ¡Ah, ahí viene! (A ANTOÑITA.) Vete a ver, tú, si mi esposa está vestida.

ESCENA TERCERA

ARDAN, ANGÉLICA, CLEANTE

ARGAN. Venid, hija mía. Vuestro maestro de música se ha ido al campo y aquí tenéis a una persona que nos envía en su lugar para vuestras lecciones.

ANGÉLICA. (*Reconociendo a Cleante.*) ¡Oh, Dios mío!

ARGAN. ¿Qué os pasa? ¿A qué viene esta sorpresa?

ANGÉLICA. Es...

ARGAN. ¿Qué? ¿A qué viene esta emoción?

ANGÉLICA. Es, padre mío, una aventura sorprendente que se encuentre aquí.

ARGAN. ¿Cómo?

ANGÉLICA. He soñado esta noche que me hallaba en el aprieto más grande del mundo y se me ha presentado una persona igual al señor a la que he pedido auxilio y que me ha librado de la pesadumbre en que me encontraba; y mi sorpresa ha sido grande al ver inopinadamente, al llegar aquí, lo que he tenido en el pensamiento toda

la noche.

CLEANTE. No puede decírsele desgraciado al que ocupe vuestro pensamiento, ya sea durmiendo, ya estando en vela, y grande sería mi felicidad, sin duda, si os hallarais en una pena cualquiera, de que me juzgaseis digno de mitigarla; y no hay nada que yo no hiciera para...

ESCENA CUARTA

ANTOÑITA, CLEANTE, ANGÉLICA, ARDAN

ANTOÑITA. (*Burlándose.*) A fe mía, señor, que estoy de vuestro lado ahora y me desdigo de todo cuanto dije ayer. Aquí están el señor Diafoirus padre y el señor Diafoirus hijo, que vienen a visitaros. ¡Vaya yerno que os espera! Vais a ver al galán mejor plantado del mundo y al más espiritual. No ha dicho más que dos palabras que me han dejado encantada, y vuestra hija va a quedar maravillada de él.

ARGAN. (*A CLEANTE, que hace ademán de irse.*) No os vayáis, señor. Es que caso a mi hija; y ahí vienen a traerme a su prometido esposo, a quien toda vía no conoce.

CLEANTE. Es honrarme en demasía, señor, querer que sea

testigo de una entrevista tan satisfactoria.

ARGAN. Es el hijo de un médico
inteligente y la boda
tendrá lugar dentro de cuatro días.

CLEANTE. Magnífico.

ARGAN. Notificadlo, os lo ruego, a su maestro de música, para que venga a la ceremonia.

CLEANTE. No me olvidaré de decírselo.

ARGAN. Os lo ruego encarecidamente.

CLEANTE. Me hacéis demasiado honor.

ANTOÑITA. Vamos, acomódense; ahí están.

ESCENA QUINTA

*SEÑOR DIAFOIRUS, TOMAS DIAFOIRUS, ARDAN, ANGÉLICA,
CLEANTE, ANTOÑITA, LACAYOS*

ARGAN. *(Poniéndose la mano en el gorro, sin quitárselo)*
El señor Purgón me ha prohibido, señor, que dejara mi cabeza al desnudo. Vos sois del oficio y sabéis las consecuencias.

DIAFOIRUS. Nosotros estamos prestos en todas nuestras visitas para llevar ayuda a los enfermos, y no para causarles incomodidades.

ARGAN. Recibo, señor... *(Hablan ambos a la vez, interrumpiéndose y confundiéndose.)*

DIAFOIRUS. Hemos venido, señor...

ARGAN. Con gran placer...

DIAFOIRUS. Mi hijo Tomás y yo...

ARGAN. El honor que me otorgáis...

DIAFOIRUS. A daros prueba de...

ARGAN. Y hubiera deseado...

DIAFOIRUS. La satisfacción que sentimos...

ARGAN. Poder ir a vuestra casa...

DIAFOIRUS. Por la merced que nos concedéis...

ARGAN. Para testimoniaros...

DIAFOIRUS. Al querer recibirnos...

ARGAN. Pero ya sabéis, señor...

DIAFOIRUS. En el alto honor...

ARGAN. Lo que es un pobre enfermo...

DIAFOIRUS. De vuestra alianza...

ARGAN. Que no puede hacer otra cosa...

DIAFOIRUS. Y aseguráros...

ARGAN. Que deciros aquí...

DIAFOIRUS. Que en las cosas que dependan de nuestra profesión...

ARGAN. Que buscará todas las ocasiones...

DIAFOIRUS. Igual que en todas las demás...

ARGAN. De haceros comprender, señor...

DIAFOIRUS. Estaremos siempre dispuestos, señor...

ARGAN. Que está siempre a vuestro servicio...

DIAFOIRUS. A daros prueba de nuestro celo. Se vuelve hacia su hijo y le dice: Vamos, Tomás, adelantaos.
Haced vuestros cumplidos.

TOMÁS. *(Es un bendito, acabado de salir de la escuela, que*

lo hace todo sin gracia y a destiempo.) ¿No es por el padre por quien hay que empezar?

DIAFOIRUS. Sí.

TOMÁS. (A ARGAN.) Señor, vengo a saludar, reconocer, amar y reverenciar en vos a un segundo padre; pero a un segundo padre hacia quien me considero más deudor que al primero. El primero me ha engendrado, vos me habéis escogido. El me ha recibido por necesidad, vos me habéis aceptado por benevolencia y selección. Lo que le debo a él es obra de su cuerpo, pero lo que me viene de vos es fruto de vuestra voluntad; y porque las facultades espirituales están por encima de las corporales, tanto más os debo, tanto más preciosa considero esta futura unión por la que hoy vengo a rendiros por anticipado el homenaje más modesto y respetuoso.

ANTOÑITA. ¡Vivan las escuelas, de donde salen hombres tan consumados!

TOMÁS. (Al señor DIAFOIRUS.) ¿Ha estado bien, padre?

DIAFOIRUS. Sobresaliente.

ARGAN. (A ANGÉLICA.) Vamos, saludad al señor.

TOMÁS. (Al señor DIAFOIRUS.) ¿He de besarla?

DIAFOIRUS. Sí, sí.

TOMÁS. (A ANGÉLICA.) Señora, con justicia el Cielo os ha concedido el nombre de "madre", ya que...

ARGAN. (A TOMÁS.) No es mi esposa, es a mi hija a quien estáis hablando.

TOMÁS. Pues ¿dónde está?

ARGAN. Va a venir ahora mismo.

TOMÁS. ¿Espero a que haya venido, padre?

DIAFOIRUS. Mientras tanto, podéis complimentar a la señorita.

TOMÁS. Señorita, así como la estatua de Memnón producía un son armonioso cuando era iluminada por los rayos del sol, así yo me siento animado por un dulce embeleso al aparecer el sol de vuestras beldades. Y, de igual modo que los naturalistas observan que la flor llamada heliotropo se vuelve sin cesar hacia este astro del día, así mi corazón de ahora en adelante dará vueltas hacia los astros resplandecientes de vuestros ojos adorables como si fueran su único polo. Permitid pues, señorita, que suspenda en el altar de vuestros encantos la ofrenda de este corazón que no anhela y no ambiciona otra gloria que la de ser toda su vida, señorita, vuestro más humilde, muy obediente y muy fiel servidor y amigo.

ANTOÑITA. (*Burlándose de él.*) Ahí tenéis para lo que sirve estudiar: se aprende a decir cosas bonitas.

ARGAN. (*A CLEANTE.*) ¡Eh! ¿Qué decís vos a eso?

CLEANTE. Que el señor hace maravillas, y que si es tan buen médico como buen orador, será un placer contarse entre sus enfermos.

ANTOÑITA. Ya lo creo. Será algo admirable si hace tan

buenas curaciones como Pronuncia hermosos discursos.

ARGAN. Vamos, aprisa, mi silla; y asientos para todo el mundo.)

Poneos allí, hija mía. (*Al señor DIAFOIRUS.*) Ya veis, señor, que todo el mundo admira a vuestro señor hijo, y me satisface mucho que tengáis un muchacho así.

DIAFOIRUS. Señor, no es porque sea su padre, pero puedo deciros que tengo motivos para sentirme satisfecho de él, y que todos los que le ven lo consideran como un joven que no tiene ninguna maldad. Es cierto que no ha tenido nunca una imaginación demasiado viva, ni ese fuego de espíritu que se observa en algunos, pero es por esto precisamente por lo que siempre le he augurado un buen juicio, cualidad requerida para el ejercicio de nuestro arte. Cuando era pequeño, nunca fue lo que se dice despierto y vivaz. Siempre se le veía dulce, apacible y taciturno, sin decir esta boca es mía, ni jugar jamás a esos juegos que llaman infantiles. Tuvimos todas las fatigas del mundo para enseñarle a leer, y a los nueve años no conocía todavía las letras. "Bien-me decía a mí mismo-, los árboles tardíos son los que dan mejores frutos; se graba sobre el mármol con mucha más dificultad que sobre la arena, pero las cosas se conservan en él mu-

chísimo más tiempo; y esta lentitud en comprender, esta pesadez de imaginación, son la señal de un buen juicio venidero. Cuando le mandé al colegio, lo sintió mucho; pero hizo frente a las dificultades, y sus educadores se hacían lenguas, cuando me veían, de su asiduidad y su trabajo. En fin, a fuerza de machacar el hierro, ha llegado gloriosamente a arrebatar sus títulos; y puedo decir sin vanidad que, en los dos años que ha pasado en los escaños, no ha habido candidato que haya provocado más ruido que él en todas las disputas de nuestra escuela. Se ha mostrado temible, y no se celebra ningún acto al que él deje de acudir a argumentar, a todo trance, en favor de la proposición contraria. Se mantiene firme en la disputa, fuerte como un turco sobre sus principios; no suelta presa jamás cuando defiende su opinión, y persigue un razonamiento hasta los últimos recovecos de la lógica. Pero, por encima de todo, lo que me gusta de él, y en lo que sigue mi ejemplo, es que hace suyas ciegamente las opiniones de nuestros antecesores, y que nunca ha querido comprender ni escuchar las razones y experiencias de los pretendidos descubrimientos de nuestro siglo con respecto a la circulación de la sangre y otras opiniones de la misma calaña.

TOMÁS. *(Saca de su bolsillo una gran tesis enrollada que*

ofrece a ANGÉLICA.) He sostenido contra los partidarios de la circulación una tesis que, con el permiso del señor (*saludando a ARDAN*), me permito ofrecer a la señorita como un homenaje que le debo de las primicias de mi ingenio.

ANGÉLICA. Señor, es para mí un trasto inútil, pues no entiendo nada en esas cosas.

ANTOÑITA. (*Tomando la tesis.*) Dadme, dadme; siempre podremos aprovechar los dibujos, si se nos antoja adornar nuestro cuarto.

TOMÁS. (*Saludando a ARDAN una vez más.*) También con el permiso del señor, os invito a venir a presenciar, uno de estos días, por simple diversión y solaz, la disección de una mujer, sobre la que he de hacer mis comentarios.

ANTOÑITA. La diversión será agradable. Hay quien invita a ver una comedia a las personas amadas, pero ofrecer una disección es algo muchísimo más galante.

DIAFOIRUS. En fin, en cuanto a las cualidades requeridas para el matrimonio y la procreación, os aseguro que, según las reglas de nuestros doctores, es tal como puede desearse, pues posee en un grado elogiado la virtud prolífica y está dotado del temperamento adecuado para engendrar y procrear hijos bien constituidos.

ARGAN. ¿No tenéis la intención, señor, de introducirle en la corte y de procurar que obtenga una plaza

de médico?

DIAFOIRUS. Para hablaros con toda franqueza, nuestra profesión cerca de los grandes no me ha parecido nunca deseable, y siempre he creído que era mejor, para nosotros, quedarnos con el público. El público es cómodo. No tenéis por qué responder a nadie de vuestros actos; y mientras sigáis la corriente de las reglas del arte, uno no tiene por qué preocuparse de lo que pueda acontecer. Por el contrario, lo desagradable cerca de los grandes es que, cuando están enfermos, quieren absolutamente que sus médicos los curen.

ANTOÑITA. Esto sí que es bueno; vaya si son impertinentes al querer que vosotros, señores, los curéis. Vosotros no estáis a su lado para eso; sólo estáis allí para cobrar vuestros emolumentos y recetar los remedios; es a ellos a quienes toca curarse, si es que pueden.

DIAFOIRUS. Esto es cierto. Uno no está obligado a tratar a la gente más que dentro de las formas.

ARGAN. (A *CLEANTE*.) Señor, haced cantar a mi hija ante esta compañía.

CLEANTE. Esperaba vuestras órdenes, señor, y se me ocurría, para divertir a la concurrencia, cantar con la señorita una escena de una opereta que desde hace poco se representa. (A *ANGÉLICA*, dándole un papel.) Tomad, ésta es vuestra parte.

ANGÉLICA. ¿Yo?

CLEANTE. *(En voz baja a ANGÉLICA.)* No os neguéis a ello, por favor, y dejadme que os haga comprender el significado de la escena que vamos a cantar. *(En voz alta.)* Yo no tengo buena voz; pero basta que me oigáis, y tendréis la bondad de excusarme por la necesidad de hacer cantar a la señorita.

ARGAN. ¿Los versos son bonitos?

CLEANTE. Se trata de una pequeña ópera improvisada, y no vais a oír cantar más que una especie de prosa rítmica, o una especie de versos libres, tales como la pasión y la necesidad pueden inspirar a dos personas para que digan espontáneamente lo que piensen, y en el acto.

ARGAN. Muy bien. Escuchemos.

CLEANTE. *(Bajo el nombre de un pastor, explica a su enamorada su amor después de su primer encuentro, y en seguida se dan a entender, cantando sus pensamientos.)* He ahí el tema de esta escena. Un pastor estaba atento a las bellezas de un espectáculo, que acababa de empezar, cuando su atención fue atraída por un ruido que oyó a su lado. Se volvió y vio a un bruto que con palabras insolentes mal trataba a una pastora. Para empezar, tomó el partido de un sexo al que todos los hombres deben homenaje, y, después de haber propinado al bruto el justo castigo por su insolencia, se dirigió a la pastora y vio a una joven que, por

los ojos más bellos que jamás había visto, derramaba lágrimas que él juzgó como las más hermosas del mundo. "Ay de mí! -se dijo a sí mismo-, ¿hay alguien capaz de ultrajar a una persona tan hermosa? ¿Qué bárbaro, qué inhumano no se sentiría conmovido por tales lágrimas?" Se propuso detener aquellas lágrimas, que encontró tan bellas; y la amable pastora se esforzó al mismo tiempo en darle las gracias por su ligero servicio, pero de una manera tan graciosa, tan tierna, tan apasionada, que el pastor no pudo resistirlo; y cada palabra, cada mirada, fue un rasgo lleno de ardor que penetraba en su corazón. "¿Existe -decía él- algo que pueda merecer las amables palabras de tal agradecimiento? ¿Y qué es lo que alguien se resistiría a hacer? ¿A qué servicios, a qué peligros, no estaríamos encantados de someternos para atraernos un solo instante las tiernas dulzuras de un alma tan agradecida?" Todo el espectáculo transcurrió sin que el pastor le prestase ninguna atención; pero se dolía que fuese demasiado corto, porque al terminar se separaría de su adorable pastora; y desde este primer encuentro, desde este primer instante, él lleva consigo todo cuanto un amor de varios años pudiera cobijar de más violento. Y helo ahí que, al momento, comienza a sentir todos los males

de la ausencia, y a sufrir el tormento de no poder continuar viendo a la que ha visto tan fugazmente. Hace todo cuanto puede para volver a gozar de tal visión, de la que conserva día y noche una impresión tan deliciosa; pero la gran sujeción a que tienen sometida a su pastora le quita toda posibilidad. La violencia de su pasión le induce a pedir la mano de la adorable belleza, sin la que ya no puede vivir, y recibe de ella el permiso adecuado por medio de un billete que ha logrado hacer llegar a sus manos. Pero al mismo tiempo le advierten que el padre de esta bella ha concertado su matrimonio con otro y que todo va a disponerse para celebrar la ceremonia. ¡Juzgad qué daño tan cruel sufre el corazón de ese triste pastor! Está aturdido por un dolor mortal. No puede soportar la idea horrorosa de ver todo lo que él ama en brazos de otro, y su amor, en la desesperación, le brinda un medio de introducirse en la casa de su pastora para conocer sus sentimientos y saber de sus labios el destino con el que ha de conformarse. Allí se encuentra con los preparativos de todo cuanto teme. Ve llegar al indigno rival que el capricho de un padre opone a las ternuras de su amor. Ve triunfante a este rival ridículo al lado de la amable pastora, como si fuese un trofeo que hubiese conquistado; y esta visión le

llena de una cólera que a duras penas puede dominar. Lanza miradas doloridas hacia la que adora, y su respeto y la presencia de su padre le impiden decirle nada que no sea a través de la mirada. Pero al fin arremete contra todo impedimento y la fuerza de su pasión le obliga a hablarle así: (*Canta.*)

Bella Filis, en verdad, es demasiado sufrir;
Romped el cruel silencio y confiadme el corazón
Para saber mi destino:

¿He de vivir o quizás he de morir?

ANGÉLICA. (*Cantando*) Así, Tirsis, me veis, triste y melancólica,
preparando el himeneo que tanto os acongoja,
con la mirada que elevo y mi suspiro anhelante,
es ya deciros bastante.

ARGAN. ¡Cómo! Nunca me hubiera figurado que mi hija
fuese tan lista como para cantar así, a libro
abierto.

CLEANTE. ¡Ay de mí, bella Filis!
¿Podría ser que el enamorado Tirsis
gozase de tal placer
para poder poseer
un sitio en vuestra alma virgen?

ANGÉLICA. Yo no quiero fingir en este extremo dolor.
Sí, Tirsis, vuestro es mi amor.

CLEANTE. ¡Oh, palabras henchidas de seducciones!
¡Ay, Filis, repetidlas, para alejar todo error!

ANGÉLICA. Sí, Tirsis, con toda ternura os amo.

CLEANTE. Por favor, Filis, decidlo más aún.

ANGÉLICA. Os amo.

CLEANTE. Repetidlo cien veces, no os canséis jamás.

ANGÉLICA. Os amo, os amo. Sí, Tirsis, os amo.

CLEANTE. Dioses, reyes que bajo vuestros pies miráis el mundo,
¡no cambiaría vuestra dicha por la mía
Pero, Filis, un amargo pensamiento
viene a turbar este dulce momento:
Un rival, un rival...

ANGÉLICA. ¡Ah!, le odio más que a la muerte;
Y su presencia, como a vos,
me es un suplicio fatal.

CLEANTE. Pero un padre a su capricho os intenta someter.

ANGÉLICA. Antes morir, morir;
antes que consentir,
¡mejor morir, morir

ARGAN. ¿Y qué dice el padre a todo esto?

CLEANTE. No dice nada.

ARGAN. Vaya memo de padre ése que presentáis; soportar todas esas necedades sin soltar una palabra.

CLEANTE. (*Queriendo seguir cantando.*) ¡Oh, amor mío!...

ARGAN. No, no; ya basta. Esta comedia es un muy mal ejemplo. El pastor Tirsis es un impertinente, y la pastora Filis una descarada, al permitirse hablar así ante su padre. (*A ANGÉLICA.*) Enseñadme ese papel. ¡Ah, ah! ¿Dónde están las

palabras que habéis dicho? ¡Ahí no hay más que la música escrita!...

CLEANTE. ¿ Es que acaso ignoráis, señor, que se ha encontrado recientemente la manera de escribir palabras juntamente con las notas?

ARGÁN. Muy bien, muy bien. Me place saludaros, señor, y hasta la vista. Hubiéramos podido prescindir de vuestra impertinente opereta.

CLEANTE. He creído que os divertiría.

ARGAN. Las necesidades no divierten. ¡Ah!, aquí está mi esposa.

ESCENA SEXTA

BELINA, ARGAN, ANTOÑITA, ANGÉLICA, SEÑOR DIAFOIRUS, TOMAS

ARGAN. Amor mío, me place presentarte al hijo del señor Diafoirus.

TOMAS. *(Empieza un saludo que se había estudiado pero le falla la memoria y no puede continuar.)*
Señora, con justicia el Cielo os ha concedido el nombre de madre, puesto que se ve en vuestro rostro...

BELINA. Señor, estoy encantada de haber venido expresamente para tener el honor de saludaros.

TOMAS. Puesto que se ve en vuestro rostro... puesto que

se ve en vuestro rostro... Señora, me habéis interrumpido en mitad de mi frase y ello ha perturbado mi memoria.

DIAFOIRUS. Tomás, reservaos esta pieza para otra ocasión.

ARGAN. Señora, me hubiera encantado que hubieseis estado aquí hace poco.

ANTOÑITA. ¡Ah, señora! Lo que os habéis perdido no estando presente al mencionar al segundo padre, a la estatua de Memnón y a la flor llamada heliotropo...

ARGAN. Vamos, hija mía, poned vuestra mano en la del señor y dadle vuestro asentimiento como marido.

ANGÉLICA. Padre mío...

ARGAN. ¡Y bien! "Padre mío." ¿Qué quiere decir esto?

ANGÉLICA. Por favor, no precipitéis las cosas. Dadnos por lo menos el tiempo para conocernos y para dejar que nazca entre nosotros, del uno hacia el otro, esta inclinación tan necesaria para lograr una unión perfecta.

TOMAS. En cuanto a mí, señorita, os aseguro que ha nacido ya, y no tengo por qué esperar más.

ANGÉLICA. Si vos sois tan diligente, señor, yo no lo soy tanto, y os confieso que vuestros méritos no han hecho todavía la impresión suficiente en mi alma.

ARGAN. ¡Ah! ¡Bien, bien!, bastante tiempo tendréis para que la haga cuando estéis casados.

ANGÉLICA. ¡Oh, padre mío!, dadme algún tiempo, os lo

ruego. El matrimonio es una cadena a la que no se debe sujetar un corazón a la fuerza; y si el señor es un hombre decoroso, no debe, de ninguna manera, aceptar a una persona que sería suya por coacción.

TOMAS. Nego consequentiam, señorita; yo puedo ser un hombre honesto y aceptaron de las manos de vuestro señor padre.

ANGÉLICA. Es un medio ruin, para hacerse amar por alguien, el de la violencia.

TOMAS. Leemos en los antiguos, señorita, que su costumbre era raptar a la fuerza de la casa de sus padres a las jóvenes que debían casarse, a fin de que no pareciese que voluntariamente se habían precipitado en los brazos de un hombre.

ANGÉLICA. Los antiguos, señor, son los antiguos, y nosotros somos gentes de ahora. Los fingimientos no son necesarios en nuestro siglo; y cuando un matrimonio nos agrada, sabemos muy bien ir a su encuentro sin que seamos arrastradas. Tened paciencia; si en verdad me amáis, señor, debéis querer todo lo que yo quiero.

TOMAS. Sí, señorita, pero dentro de los intereses de mi amor exclusivamente,

ANGÉLICA. Pues la gran prueba de amor está en someterse a la voluntad de aquella a quien se ama.

TOMAS. Distingo, señorita: en lo que no respecta a su posesión, concedo; pero en cuanto la afecta, negó.

ANTOÑITA. (A ANGÉLICA.) ¿De qué van a valer vuestras razones? El señor está recién salido del colegio y os llevará siempre ventaja. ¿ Para qué resistir tanto y rehusar la gloria de estar ligada al cuerpo de la Facultad?

BELINA. ¡Quizá tiene alguna inclinación en su alma!

ANGÉLICA. Si la tuviese, señora, sería tal como la razón y la honestidad me la permitieran.

ARGAN. Vaya! Estoy haciendo aquí un papel muy lucido.

BELINA. Si yo fuese vos, hijo mío, no la forzaría a que se casase, y yo sé bien lo que haría.

ANGÉLICA. Sé muy bien, señora, lo que queréis decir, y las bondades que tenéis para mí; pero es posible que vuestros consejos no sean lo suficiente adecuados para ser cumplidos.

BELINA. Es que las hijas bien educadas y honestas como vos se ríen de ser obedientes y sumisas a la voluntad de sus padres. Esto se llevaba en otros tiempos.

ANGÉLICA. El deber de una hija tiene sus límites, señora; y la razón y las leyes no lo extienden a toda clase de asuntos.

BELINA. Es decir, vuestros pensamientos no rehúsan el matrimonio, pero queréis escoger un esposo según vuestra fantasía.

ANGÉLICA. Si mi padre no quiere darme un marido que me agrade, por lo menos le suplicaré que no me

obligue a casarme con uno que jamás podría amar.

ARGAN. Señores, os pido perdón por todo esto.

ANGÉLICA. Cada cual lleva su propósito al casarse. En cuanto a mí, que sólo quiero a un marido para amarle de veras, al que pretendo convertir en el único afecto de mi vida, os confieso que elegiré con ciertas precauciones. Hay algunas que toman marido tan sólo para escapar de la sujeción de sus padres y ponerse en situación tal que puedan hacer cuanto se les antoje. Hay otras, señora, que hacen del matrimonio un comercio de puro interés, que no se casan más que para ganar rentas, para enriquecerse con la muerte de aquellos con quienes se casan, y corren, sin escrúpulos, de marido en marido para apropiarse de sus despojos. Esas personas, en verdad, no hacen tantos remilgos y les importa poco la persona.

BELINA. Os encuentro hoy muy rica en razones y me gustaría saber qué es lo que queréis decir con todo esto.

ANGÉLICA. Yo, señora, ¿qué podría querer decir más que lo que digo?

BELINA. Sois tan necia, querida, que no se os puede soportar.

ANGÉLICA. Lo que esperáis, señora, es obligarme a responder alguna impertinencia, pero os advierto

que no os daré este gusto.

BELINA. Nada hay que iguale vuestra insolencia.

ANGÉLICA. No, señora; tenéis razón.

BELINA. Y vos tenéis un orgullo ridículo, una impertinente presunción que hace alzar los hombros a todo el mundo.

ANGÉLICA. Todo esto, señora, no os servirá de nada. Me contendré a pesar vuestro; y para quitaros toda esperanza de salir con lo que queréis, voy a quitarme de vuestra vista.

ARGAN (*A ANGÉLICA, que sale.*) Escucha: esto no puede tolerarse. Escoge entre casarte dentro de cuatro días con el señor o entrar en un convento. (*A BELINA.*) No os disgustéis, ya le ajustaré las cuentas.

BELINA. Estoy desolada de dejaros, bien mío, pero tengo un asunto que me llama a la ciudad inexcusablemente. Volveré en seguida.

ARGAN Id, amor mío, y acercaos al bufete de vuestro notario a fin de que dé prisa a lo que sabéis.

BELINA. Adiós, mi buen amigo.

ARGAN Adiós, querida. He ahí una mujer que me ama... Esto es increíble.

DIAFOIRUS. Señor, vamos a despedirnos de vos.

ARGAN Por favor, señor, os ruego de veras que queráis decirme cómo me encuentro.

DIAFOIRUS. (Tomándole el pulso. Vamos, Tomás, tomad el otro brazo al señor y veamos si dais un buen

diagnóstico de su pulso. Quid dices?

TOMAS. Digo que el pulso del señor es el de un hombre que no está bien.

DIAFOIRUS. Bien.

TOMAS. Que está durito, para no decir duro.

DIAFOIRUS. Muy bien.

TOMAS. Repelente.

DIAFOIRUS. Bene.

TOMAS. E incluso un poco desigual.

DIAFOIRUS. Optime.

TOMAS. Lo que indica una destemplanza del parénquima esplénico, esto es, del bazo.

DIAFOIRUS. Muy bien.

ARGAN No; el señor Purgón dice que es el hígado lo que tengo enfermo.

DIAFOIRUS. ¡ Pues, sí! Quien dice parénquima, dice lo uno y lo otro, a causa de la estrecha simpatía que se tienen mutuamente, por medio del vaso breve del píloro y, a menudo, de los meatos que conducen la bilis al duodeno. A buen seguro que os prescribe comer mucha carne asada.

ARGAN No, nada más que hervidos.

DIAFOIRUS. Claro, claro; asado, hervido, es lo mismo. Todo cuanto os receta es lo más prudente, y no podéis estar en mejores manos.

ARGAN Señor, ¿cuántos granos de sal hay que poner en un huevo?

DIAFOIRUS. Seis, ocho, diez, siempre en números pares; así

como en los medicamentos del en usarse los números impares.

ARGAN Hasta otro día, señor.

ESCENA SEPTIMA

BELINA, ARDAN

BELINA. Vengo, amigo mío, antes de salir, a preveniros de algo que debéis tener presente. Pasando por delante de la habitación de Angélica, he visto a un joven con ella, que ha huido en cuanto me ha visto.

ARGAN ¿Un joven con mi hija?

BELINA. Sí. Vuestra hija Luisita estaba también allí; la niña podrá daros más noticias.

ARGAN Enviádmela aquí en seguida; amor mío, enviádmela aquí. *(Solo)*
¡Ah, la descocada! Ya no me extraña su resistencia.

ESCENA OCTAVA

LUISITA, ARDAN

LUISITA. ¿Qué deseáis, papá mío? Mi madrastra me ha dicho que me llamabais.

ARGAN Sí, venid aquí. Adelantaos. Volveos. Levantad los ojos. Miradme. ¡ Eh!

LUISITA. ¿Qué, papá?

ARGAN ¡ Ahí!

LUISITA. ¿Qué?

ARGAN ¿No tenéis nada que decirme?

LUISITA. Si queréis, para entreteneros, os contaré el cuento de Piel de asno, o bien la fábula de El cuervo y el zorro, que hace poco me han enseñado.

ARGAN No es eso lo que os pido.

LUISITA. Entonces, ¿qué?

ARGAN ¡Ah, pícara! Sabéis muy bien lo que quiero decir.

LUISITA. Perdonadme, papá mío. Pero no lo sé.

ARGAN ¿Es así cómo me obedecéis?

LUISITA. ¿ Qué... ?

ARGAN ¿No os había recomendado que vinierais a decirme todo cuánto vieseis?

LUISITA. Sí, papá.

ARGAN ¿Y lo habéis hecho?

LUISITA. Sí, papá. He venido siempre a deciros lo que he visto.

ARGAN ¿Y no habéis visto nada, hoy?

LUISITA. No, papá.

ARGAN ¿No?

LUISITA. No, papá.

ARGAN ¿De veras?

LUISITA. De veras.

ARGAN ¡ Ah, vaya picara! Pues ya veréis si os hago ver yo alguna cosa. *(Toma un manojo de cuerdas.)*

LUISITA. ¡Ay, papá mío!

ARGAN ¡Ah, ah!, picarueta, ¿por qué no me decís qué habéis visto en la habitación de vuestra hermana?

LUISITA. *(Llorando.)* Papá mío...

ARGAN *(Tomando el brazo de LUISITA.)* Esto os va a enseñar a mentir.

LUISITA. *(Se pone de rodillas.)* ¡Ah, papá mío, os pido perdón! Es que mi hermana me había dicho que no os lo dijese, pero os lo voy a explicar todo.

ARGAN Antes tenéis que probar el azote por haber mentido. Luego, ya veremos lo que hacemos.

LUISITA. Perdón, papá mío.

ARGAN No, no, nada.

LUISITA. Mi buen papá, no me azotéis, por favor.

ARGAN. El azote no te lo quita nadie.

LUISITA. ¡ En el nombre de Dios, papá mío, no hagáis tal cosa!

ARGAN *(Cogiéndola para pegarle.)* Vamos, vamos.

LUISITA. ¡Ah, papá, me habéis lastimado! Esperad. Estoy muerta. *(Finge estarlo.)*

ARGAN ¡ Eh! ¿ Qué te pasa? ¡ Luisita, Luisita ! ¡ Ah,

Dios mío! ¡ Luisita ! ¡Ah, hija mía! ¡Ah, desgraciado de mí! ¡ Mi pobre hija está muerta! ¿ Qué he hecho, miserable de mí? ¡Ah, malditos azotes! ¡Al diablo los azotes! ¡Ah, mi pobre hija, mi pobre pequeña Luisita!

LUISITA. Vamos, vamos, papá mío, no lloréis tanto; no estoy muerta del todo.

ARGAN Mirad a la pequeña taimada. ¡Vaya, vaya! Os lo perdono por esta vez, mientras me lo digáis todo con detalles.

LUISITA. ¡Oh, sí,. papá!

ARGAN Y andad con cuidado en lo que decís, porque este dedito que aquí veis me dirá en seguida si mentís.

LUISITA. Pero, por favor, papáito, no digáis a mi hermana que os lo he dicho.

ARGAN No, no.

LUISITA. (Después de haber mirado si alguien escucha. Pues, papá mío, ha sucedido que ha venido un hombre a la habitación de mi hermana cuando yo estaba en ella.

ARGAN ¿Y qué más?

LUISITA. Le he preguntado qué quería y me ha dicho que era su maestro de música.

ARGAN (*Aparte*) ¡Ah, vaya! Ya conozco el caso. (*A LUISITA.*) ¿Y qué más?

LUISITA. Mi hermana ha vuelto en seguida.

ARGAN. ¿Y qué más?

LUISITA. Ella le ha dicho: "¡Salid, salid, salid, Dios mío!
¡Salid! Me estáis desesperando.

ARGAN. ¿Y qué más?

LUISITA. Pues que él no quería marcharse.

ARGAN. ¿Y qué es lo que le decía?

LUISITA. Le decía qué sé yo cuantas cosas.

ARGAN. ¿Y qué más?

LUISITA. Le decía todo esto, todo aquello y lo de más
allá; que la amaba y que era la más bella del
mundo.

ARGAN. ¿Y luego qué más?

LUISITA. Pues luego se ponía de rodillas ante ella.

ARGAN. ¿Y luego qué más?

LUISITA. Pues luego le besaba las manos.

ARGAN. ¿Y luego qué más?

LUISITA. Pues luego mi madrastra ha aparecido en la
puerta y él se ha marchado.

ARGAN. ¿Y no ha pasado nada más?

LUISITA. No, papá mío.

ARGAN. Pues mi dedito, no obstante, me está refunfu-
ñando no sé qué. (*Se pone el dedo en la oreja.*)
Esperad! ¡Ah, ah, ah! ¡Oh, oh!, me dice algo
que habéis visto y que no me decís.

LUISITA. ¡Ah, mi buen papá! Vuestro dedito es un men-
tiroso.

ARGAN. Andaos con cuidado.

LUISITA. No, papá, no le creáis, miente, os lo aseguro.

ARGAN. ¡Oh, bien, bien! Ya veremos eso. Marchaos

ahora y estad muy atenta a todo. Idos. *(Solo.)*
¡Ah, Dios mío! Ya no existe ni la niñez. ¡Ah,
vaya preocupaciones! Y, mientras tanto, no me
dejan ni un momento para pensar en mi enfer-
medad. A decir verdad, ya no puedo más. *(Se
sienta de nuevo en la silla)*

ESCENA NOVENA

BERALDO, ARDAN

BERALDO. ¿Y bien, hermano mío? ¿Qué me decís? ¿Cómo
os encontráis?

ARGAN ¡Ay, hermano mío, muy mal!

BERALDO. ¿Cómo, muy mal?

ARGAN Sí, sufro una debilidad tan grande como nadie
puede imaginarse.

BERALDO. Esto sí que es desagradable.

ARGAN No me quedan ni fuerzas para hablar.

BERALDO. Pues había venido a veros con el propósito de
proponeros un partido para mi sobrina Angélica.

ARGAN *(Hablando acaloradamente y levantándose de su
silla)* Hermano, no me habléis de esa pícara.
Es una bellacuela, una impertinente, una des-
vergonzada que voy a encerrar en un convento
antes de dos días.

BERALDO. ¡Ah, esto va mejor! Me satisface que la fuerza os retorne un poquito y que mi visita os sea propicia y os siente bien. ¡ Oh, por lo demás, ya hablaremos de negocios más tarde! Os he traído una diversión que he encontrado y que disipará vuestra pena y os dispondrá más el alma para lo que hemos de decirnos. Son unos gitanos, disfrazados de moros, que bailan danzas mezcladas con canciones; estoy seguro de que serán de vuestro agrado; y siempre equivaldrá por lo menos a una receta del señor Purgón. Vamos.

SEGUNDO INTERMEDIO

El hermano del enfermo imaginario le ha traído, para divertirle, varios GITANOS y GITANAS, vestidos de moros, que bailan danzas mezcladas con canciones.

PRIMERA ¡Gozad de la primavera,
MUJER MORA De vuestros tiempos bellos,
 Amable juventud!
 ¡Gozad de la primavera,
 De vuestras bellas eras;
 Practicad la ternura
 Al placer más seductor,

Sin el amoroso ardor,
Para dar al alma gozo,
Le falta el aliciente poderoso.
¡Gozad de la primavera,
De vuestras bellas eras,
Amable juventud!
Gozad de la primavera,
De vuestros bellos años;
Practicad la ternura!
No perdáis estos preciosos momentos,
Pues la belleza pasa,
Y el tiempo se esfuma,
Y la edad de hielo
Viene en su lugar,
Y a estas dulces prácticas tenéis que renunciar.
¡Gozad de la primavera,
De vuestros bellos años,
Amable juventud!
Gozad de la primavera,
De vuestras bellas eras;
Practicad la ternura

SEGUNDA Cuando os incitan a amar,

MUJER MORA ¿Por qué pensáis?
Nuestros corazones, en la juventud,
No tienen por la ternura,
Más que dulce propensión;
El amor, para vencernos,
Luce suaves atractivos

Que os impulsan a entregaros
 A sus cepos sugestivos;
 Pero cuanto se insinúa
 De los terribles dolores
 Y de los llantos ingentes
 Que nos cuesta su comercio,
 Hace que temamos mucho
 Sus dulzuras y embelesos.

TERCERA
 MUJER MORA

Es grato a nuestra edad
 Amar tiernamente
 A un amante adulator
 Que se insinúa al momento.
 Pero, si aviesa es su ley,
 Ay de mí, qué gran tormento!

CUARTA
 MUJER MORA

El amante que se escapa
 No es la desgracia;
 El dolor y la rabia
 Es que aquel que huye
 Se guarda nuestra alma.

SEGUNDA.
 MUJER MORA

¿Qué partido han de tomar
 nuestros tiernos corazones?

CUARTA
 MUJER MORA

A pesar de sus rigores?
 Sigamos nuestros ardores,
 mismo Sus caprichos y embelesos,

TODAS AL
 TIEMPO

Sus dulces arrobamientos;
 Si nos deparan suplicios,
 También nos brindan delicias

Que enajenan corazones.

INTERMEDIO DE BAILE

Todos los moros bailan al mismo tiempo y hacen saltar unos monos que llevan consigo.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

BERALDO, ARGAN, ANTOÑITA

BERALDO. Y bien, hermano, ¿qué os parece? Este espectáculo ¿no vale una toma de casia?

ANTOÑITA. ¡Fu!, como purga no está mal.

BERALDO. ¡Y tanto! ¿Queréis que hablemos en familia?

ARGAN. Un poco de paciencia, hermano mío, vuelvo al instante.

ANTOÑITA. Tomad, señor ¡Ni que pensar que podáis andar sin bastón

ARGAN. Tienes razón.

ESCENA SEGUNDA

BERALDO, ANTOÑITA

ANTOÑITA. No abandonéis, por favor, los intereses de vuestra sobrina.

BERALDO. Emplearé cuanto sea preciso para lograrle lo que anhela.

ANTOÑITA. Hay que impedir por todos los medios ese matrimonio extravagante que se ha metido el señor en la cabeza, y yo había pensado que sería un buen ardid introducir aquí a un médico de nuestra confianza para que llegara a hastiarse de su señor Purgón, y desacreditara su conducta. Pero, como no tenemos a mano a nadie para eso, me he propuesto hacerle una jugarreta que se me ha ocurrido.

BERALDO. ¿Qué es ello?

ANTOÑITA. Es una ocurrencia burlona. Quizá será algo más divertido que cuerdo. Dejadme hacer; actuaed por vuestro lado. Ahí viene nuestro hombre.

ESCENA TERCERA

ARDAN, BERALDO

BERALDO. Permitidme, hermano mío, que os pida ante todo que no os exaltéis el ánimo durante nuestra conversación.

ARGAN Tenedlo por descontado.

BERALDO. Y que respondáis sin destemplanzas a las cosas que pueda deciros.

ARGAN Sí.

BERALDO. Y que razonéis al propio tiempo, respecto a los asuntos de que hemos de tratar, con un ánimo libre de toda pasión.

ARGAN ¡Dios mío, claro que sí! No escatimáis el pre-ámbulo.

BERALDO. ¿De dónde viene, hermano mío, que poseyendo los bienes que tenéis, y no contando con más hijos que una hija, porque la pequeña no cuenta en este instante, de dónde viene, repito, que habléis de ponerla en un convento?

ARGAN ¿De dónde viene, hermano mío, que yo sea el amo de mi casa para hacer lo que me venga en gana?

BERALDO. Vuestra esposa no ceja de aconsejaros que os deshagáis de vuestras dos hijas, y no me cabe ninguna duda de que, por espíritu de caridad, estaría encantada de ver a las dos convertidas en dos buenas religiosas.

ARGAN. ¡Ah, ésta es la cuestión! Ya hemos llegado a ella. Ya habéis metido a la buena mujer en el juego. Es ella la culpable de todo mal, y todo el mundo quiere echárselo en cara.

BERALDO. No, hermano; dejémosla a un lado: es una mujer que tiene las mejores intenciones del mundo para vuestra familia y está libre de toda suerte

de interés; que siente por vos una ternura maravillosa y demuestra hacia vuestras hijas un afecto y una bondad que no se conciben: esto es cierto. No hablemos más de ella y volvamos a vuestra hija. ¿Impulsado por qué pensamiento queréis darla en casamiento al hijo de un médico?

ARGAN Por el pensamiento de darme, hermano mío, un yerno tal como lo necesito.

BERALDO. No es éste el interés de vuestra hija, y se presenta un partido mucho más conveniente para ella.

ARGAN Está bien; pero éste, hermano mío, es más conveniente para mí.

BERALDO. Pero, el marido que va a tomar, ¿debe ser para ella o para vos?

ARGAN Debe ser, hermano mío, tanto para ella como para mí, y quiero introducir en mi familia las personas que me hacen falta.

BERALDO. Por esta misma razón, si vuestra hija menor fue se casadera, le daríais por marido a un boticario.

ARGAN ¿Y por qué no?

BERALDO. ¿Es posible que estéis todavía chocheando con vuestros boticarios y vuestros médicos, y que os obstinéis en estar enfermo a pesar de todo el mundo y de vuestra propia naturaleza?

ARGAN Me gustaría que me explicarais eso.

BERALDO. Pues es sencillo, hermano: no conozco a nadie

que esté menos enfermo de lo que vos lo estáis, y no querría para mí mejor complexión que la vuestra. Una prueba de que gozáis de buena salud es que estáis bien, continuáis teniendo un cuerpo sano y no habéis logrado todavía dañar vuestra excelente naturaleza pese a todos los potingues que os han hecho tomar.

ARGAN Pero ¿sabéis, hermano mío, que precisamente es esto lo que me conserva y que el señor Purgón dice que sucumbiría si estuviera tan sólo tres días sin cuidarse de mí?

BERALDO. Si no ponéis coto a eso, va a cuidarse tanto de vos, que os mandará derechito al otro mundo.

ARGAN Pero, vamos, hermano, razonad un poco. ¿Es que, acaso, no creéis en la medicina?

BERALDO. No, no veo que para sentirse uno bien tenga necesariamente que creer en ella.

ARGAN ¡Qué decís! ¿No aceptáis como verdadera una cosa que todo el mundo acepta y que ha sido venerada por los siglos?

BERALDO. Lejos de considerarla verdadera, la encuentro, entre nosotros sea dicho, una de las mayores locuras que existen entre los hombres; y, si examinamos las cosas filosóficamente, no se me ocurre farsa más chocante, ni veo nada más ridículo que un hombre que quiera entrometerse en curar a otro.

ARGAN ¿Por qué no queréis admitir, hermano mío,

que un hombre pueda curar a otro?

BERALDO. Por la simple razón, hermano, de que los resortes de nuestra máquina son puros misterios, por lo menos hasta ahora, de los que los hombres no saben ni gota, y de que la naturaleza nos ha puesto ante los ojos velos demasiado espesos para que pretendamos saber algo.

ARGAN Así pues, ¿los médicos no saben nada, según vos?

BERALDO. Claro que sí saben. La mayoría de ellos conocen bellas humanidades, saben hablar un hermoso latín, os pueden decir en griego el nombre de todas las enfermedades, definir las y clasificarlas; pero, en cuanto a curarlas, es lo que les falta totalmente por saber.

ARGAN Pero estaréis de acuerdo, por lo menos, en que, sobre la materia, los médicos saben más que los demás.

BERALDO. Saben, hermano mío, lo que ya os he dicho, y que no sirve de gran cosa para curar; y toda la excelencia de su arte consiste en un pomposo galimatías, en una engañosa garrulería que os da palabras por razones y promesas por efectos.

ARGAN Pero, en fin, hermano, hay gentes tan sabias y tan listas como vos, y vemos que cuando están enfermos todos recurren a los médicos.

BERALDO. Es una prueba de la debilidad humana y no de la verdad de su arte.

- ARGAN. Pero es necesario que los médicos crean en la veracidad de su arte, cuando se sirven de él para sí mismos.
- BERALDO. Es porque los hay entre ellos que sufren el error popular, del que se aprovechan, y otros que lo aprovechan sin estar en el error. Vuestro señor Purgón, por ejemplo, no es un hombre excesivamente perspicaz; es todo un médico de pies a cabeza, un hombre que cree en sus reglas mas que en todas las demostraciones de las matemáticas, y que consideraría un crimen querer comprobarlas; en la medicina no ve nada obscuro, nada dudoso, nada difícil, y, con una impetuosidad digna de prevención y una rígida confianza, una brutalidad de sentido común y de razón, reparte a troche y moche purgas y sangrías, y no se preocupa en compensar nada. No hay que recriminarle por lo que os pueda hacer; con la mejor buena fe os mandará al otro mundo, y no os hará, al mataros, más que lo que hace a su mujer y a sus hijos, y lo que, en un caso de necesidad, se haría a sí mismo.
- ARGAN. Lo que pasa es que le tenéis inquina desde siempre. Pero, en fin, volvamos a lo nuestro. Qué tiene uno que hacer cuando está enfermo?
- BERALDO. Nada, hermano mío.
- ARGAN. ¿Nada?
- BERALDO. Nada. No hay que hacer más que quedarse en

reposo. La naturaleza, cuando la dejamos hacer, sale por sí misma, suavemente, del desorden en que pueda haber caído. Es nuestra inquietud, es nuestra impaciencia lo que lo estropea todo, y casi todos los hombres mueren a causa de sus remedios, no de sus enfermedades.

ARGAN. Pero hay que convenir, hermano mío, en que se puede ayudar a esta naturaleza en ciertas cosas.

BERALDO. ¡Dios mío! Hermano, esto no son más que puras ideas en las que nos agrada creer; y desde que el mundo es mundo han circulado entre los hombres hermosas imaginaciones que creemos porque nos halagan y nos convendría que fuesen verdaderas. Cuando un médico os habla de ayudar, de socorrer, de aliviar la naturaleza, de sacarle lo que la perjudica y darle lo que le falta, de restablecerla y volverla a la plena facilidad de sus funciones; cuando os habla de rectificar la sangre, de moderar las entrañas y el cerebro, de deshinchar el bazo, de apañar el pecho, de aligerar el hígado, de fortificar el corazón, de restablecer y conservar el calor natural y de tener secretos para prolongar la vida muchos años, os explica, precisamente, el cuento de la medicina. Pero cuando vos llegáis a la verdad, por la experiencia no encontráis nada de todo eso, y os sucede como en esos bellos

sueños que no os dejan al despertar más que la gran pena de haberlos creído.

ARGAN. O sea que toda la ciencia del mundo está encerrada en vuestra cabeza y queréis saber más que todos los grandes médicos de nuestro siglo.

BERALDO. En los discursos y en las cosas, son dos clases de personas vuestros grandes médicos. Oídlas hablar: son la gente más hábil del mundo. Vedlos actuar: los más ignorantes de todos los hombres.

ARGAN. ¡ Oh!, vos sois un gran doctor, por lo que veo, y me agradecería que estuviese aquí alguno de esos señores para rebatir vuestros razonamientos y poner un tope a vuestra charlatanería.

BERALDO. Yo, querido hermano, no me impongo el deber de combatir la medicina; y cada cual, por su cuenta y riesgo, puede creer lo que le venga en gana. Lo que digo es puramente entre nosotros, y me hubiera gustado poderos sacar del error en que vivís, y, para divertirlos, llevaros a ver alguna de las comedias de Molière.

ARGAN. Vaya impertinente vuestro Molière, con sus comedias; le encuentro poca gracia en meterse con gente honrada como los médicos.

BERALDO. No se mete con los médicos, sino con la ridiculez de la medicina.

ARGAN. Como si fuera quien para adjudicarse la tarea de controlar la medicina; vaya presuntuoso e

impertinente, para burlarse de las consultas y las recetas, y querer atacar el cuerpo de médicos, y atreverse a representar en su teatro a personas venerables como esos caballeros.

BERALDO. ¿Qué queréis que trate, pues, mejor que las varias profesiones de los hombres? Vemos que cada día hace salir a escena a príncipes y reyes que pertenecen a tan buena casa, por lo menos, como los médicos.

ARGAN No y mil veces no. Si yo fuese de los médicos, me vengaría de su impertinencia, y, cuando estuviese enfermo, le dejaría morir sin socorrerle. Ya podría decir y rogar: no le recetaría ni la más pequeña sangría, ni la más ligera lavativa, y le diría sencillamente: "¡Muere!, ¡muere!, esto te enseñará en lo sucesivo a burlarte de la Facultad.»

BERALDO. Veo que os habéis puesto encolerizado contra él.

ARGAN Sí; es un imprudente, y si los médicos son cuerdos, harán lo que yo digo.

BERALDO. El será todavía más cuerdo que vuestros médicos, porque no les pedirá ayuda.

ARGAN Tanto peor para él, si no acude a los beneficios de los remedios.

BERALDO. Sus razones tiene para no quererlos, y sostiene, además, que esto no esté permitido más que a las gentes vigorosas y robustas, y que tienen fuerzas suficientes para soportar los remedios

además de la enfermedad; pero que, en cuanto a él, no tiene fuerzas más que para llevar su mal.

ARGAN ¡ Qué necias razones son ésas! Por favor, hermano, no hablemos más de ese hombre, porque advierto que se me calienta la bilis y sería causa de que me sintiera mal.

BERALDO. Con mucho gusto, hermano; y para cambiar de tema os diré que, respecto a una pequeña rebeldía que os demuestre vuestra hija, no debéis tomar resoluciones violentas como meterla en un convento; que para escoger a un yerno no tenéis por qué seguir ciegamente la pasión que os exalta, y que debemos, en estas materias, acomodarnos un poco a la inclinación de una hija, puesto que es para toda la vida y de ello depende toda la felicidad de un matrimonio.

ESCENA CUARTA

SEÑOR FLEURANT (con una jeringa en la mano, ARGAN, BERALDO)

ARGAN. ¡Ah!, hermano mío, con vuestro permiso.

BERALDO. ¿Cómo? ¿Qué queréis hacer?

ARGAN. Tomar esta pequeña ayuda; es cuestión de un momento.

BERALDO. Eso es pura chacota. ¿Es que no sabrías estar un momento sin purga o sin medicina? Dejadlo

para otra ocasión y quedaos un momento en reposo.

ARGAN. Señor Fleurant, hasta esta noche, o hasta mañana por la mañana.

FLEURANT. (*A BERALDO.*) ¿En razón de qué os oponéis a las prescripciones de la medicina e impedís que el señor tome mi ayuda? Se necesita descaro para tener este atrevimiento.

BERALDO. Id, señor; bien se ve que no estáis acostumbrado a hablar con las caras.

FLEURANT. No hay derecho a burlarse así de los remedios y hacerme perder el tiempo. Yo no he venido aquí sino de acuerdo con una buena receta, y voy a decir al señor Purgón de qué manera se me ha impedido ejecutar sus órdenes y hacer mi trabajo. Ya veréis, ya veréis...

ARGAN. Hermano, siento que seréis la causa de alguna desgracia.

BERALDO. La gran desgracia de no tomaros una lavativa que el señor Purgón ha recetado. Todavía más, hermano mío, ¿es posible que no haya un medio de curaros de esta enfermedad de los médicos, y que queráis estar durante toda vuestra vida enterrado debajo de sus remedios?

ARGAN. ¡ Dios mío!, hermano, vos estáis hablando como un hombre que se encuentra bien; si os hallarais en mi lugar, pronto cambiaríais de lenguaje. Es fácil hablar contra la medicina cuando uno

goza de plena salud.

BERALDO. ¿Pero qué enfermedad tenéis?

ARGAN. Me haríais encolerizar. Ya querría yo que tu vieseis vos mi mal, y veríamos si charlaríais tanto. ¡Ah, aquí está el señor Purgón!

ESCENA QUINTA

SEÑOR PURGÓN, ARGAN, BERALDO, ANTOÑITA

PURGÓN. Acabo de recibir ahí mismo, en la puerta, bonitas noticias: que en esta casa se burlan de mis recetas y que se han negado a tomar el remedio que yo había prescrito.

ARGAN. Señor, no es que...

PURGÓN. Esto es una gran osadía, una extraña rebelión de un enfermo contra su médico.

ANTOÑITA. ¡Esto es espantoso!

PURGÓN. Una ayuda que me había complacido en preparar yo mismo.

ARGAN. No soy yo...

PURGÓN. Inventada y compuesta según todas las reglas del arte.

ANTOÑITA. Está mal hecho.

PURGÓN. Y que debía hacer en las entrañas un efecto maravilloso...

ARGAN. Hermano mío...

PURGÓN. ¡Despedirle, además, con desprecio!

ARGAN. (*Mostrando a BERALDO.*) Es él...

PURGÓN. Es una acción desmesurada.

ANTOÑITA. Esto es cierto.

PURGÓN. Un enorme atentado contra la medicina.

ARGAN. El es la causa...

PURGÓN. Un crimen de lesa Facultad que nunca será bastante castigado.

ANTOÑITA. Tenéis razón.

PURGÓN. Os declaro que rompo toda relación con vos...

ARGAN. Es mi hermano...

PURGÓN. Que no quiero más contacto con vos...

ANTOÑITA. Haréis muy bien.

PURGÓN. Y que, para terminar toda relación con vos, retiro la donación que hacía a mi sobrino en favor del matrimonio.

ARGAN. Es mi hermano quien ha hecho todo el mal.

PURGÓN. ¡Despreciar mi ayuda!

ARGAN. Decidle que vuelva; la tomaré en seguida.

PURGÓN. Os habría curado en poco tiempo.

ANTOÑITA. No lo merece.

PURGÓN. Iba a limpiar vuestro cuerpo y evacuar de él por completo los malos humores.

ARGAN. ¡Ah, hermano mío!...

PURGÓN. Y no precisaba ya más que de una docena de medicinas para vaciar el fondo del saco.

ANTOÑITA. Es indigno de vuestros cuidados.

PURGÓN. Pero, puesto que no habéis querido sanar por

mis manos...

ARGAN. No tenga la culpa.

PURGÓN. Puesto que os habéis sustraído a la obediencia que uno debe a su médico...

ANTOÑITA. Esto clama venganza.

PURGÓN. Puesto que os habéis rebelado contra los remedios que yo os ordenaba...

ARGAN. ¡Ah, no, esto no

PURGÓN. He de deciros que os abandono a vuestra mala constitución, a la intemperie de vuestras entrañas, a la corrupción de vuestra sangre, a la acritud de vuestra bilis y a la feculencia de vuestros humores.

ANTOÑITA. Se lo tiene bien ganado.

ARGAN. ¡Dios mío !

PURGÓN. Y os prevengo que antes de cuatro días estaréis en un estado incurable.

ARGAN. ¡Ah, misericordia!

PURGÓN. Que caeréis en la bradipepsia.

ARGAN. Señor Purgón...

PURGÓN. De la bradipepsia en la dispepsia.

ARGAN. Señor Purgón...

PURGÓN. De la dispepsia en la apepsia.

ARGAN. Señor Purgón...

PURGÓN. De la apepsia en la lientería.

ARGAN. Señor Purgón...

PURGÓN. De la lientería en la disentería.

ARGAN. Señor Purgón...

PURGÓN. De la disentería en la hidropesía.
ARGAN. Señor Purgón...
PURGÓN. Y de la hidropesía en la privación de la vida,
adonde os habrá llevado vuestra locura.

ESCENA SEXTA

ARGAN, BERALDO

ARGAN. ¡Ah, Dios mío! Soy hombre muerto. Hermano
mío, me habéis perdido.

BERALDO. ¿Qué? ¿Qué os pasa?

ARGAN. Ya no puedo más. Siento que la medicina se
venga.

BERALDO. ¡A fe mía, hermano! Estáis loco, y no querría,
por muchas razones, que se os viese haciendo lo
que hacéis. Observaos a vos mismo un poco,
os lo ruego; volved a vuestro juicio y no os
abandonéis tanto a vuestra imaginación.

ARGAN. Ya veis, hermano, las extrañas enfermedades
con las que me ha amenazado.

BERALDO. ¡Qué hombre más cándido sois

ARGAN. Ha dicho que antes de cuatro días me quedaré
incurable.

BERALDO. Y, lo que ha dicho, ¿qué importancia tiene para
vuestra salud? ¿Es un oráculo que ha hablado?
Parece, al oírlos hablar así, que el señor Purgón

tenga en sus manos el hilo de vuestra vida, y que, como autoridad suprema, os la alargue u os la acorte como le viene en gana. Pensad que los principios de vuestra vida están en vos mismo y que la ira del señor Purgón es tan poco capaz de haceros morir como sus remedios de haceros vivir. He ahí una ocasión, si queréis, de deshaceros de los médicos; o, si no podéis pasaros sin ellos, fácil os será llamar a otro con quien, hermano, podáis correr un poco menos de riesgo.

ARGAN. ¡Ah, pero es que él conoce mi naturaleza y la manera de tratarme!

BERALDO. Hay que admitir que sois un hombre de una gran aprensión, y que veis las cosas con ojos muy extraños.

ESCENA SEPTIMA

ANTOÑITA, ARDAN, BERALDO

ANTOÑITA. (A ARGAN.) Señor, hay un médico que desea veros.

ARGAN. ¿Y qué médico?

ANTOÑITA. Un médico de la medicina.

ARGAN. Te pido que me digas quién es.

ANTOÑITA. No le conozco; pero se parece a mí como dos gotas de agua, y si no estuviese tan segura de que mi madre era una mujer honesta, diría que era un hermanito que me había dado después de la muerte de mi padre.

ARGAN. Hazle entrar.

BERALDO. Todo os viene a pedir de boca. Un médico os abandona y ahí está otro que se presenta.

ARGAN. Mucho me temo que seáis culpable de alguna desgracia.

BERALDO. ¡Todavía insistís! ¿Volvéis a empezar de nuevo?

ARGAN. Haceos cargo; tengo sobre el corazón todas esas enfermedades que no conozco, estas...

ESCENA OCTAVA

ANTOÑITA (transformada en médico, ARGAN, BERALDO)

ANTOÑITA. Señor, consentid en que os visite para ofreceros mis modestos servicios para toda clase de sangrías y purgas que podáis necesitar.

ARGAN. Señor, os estoy muy agradecido. (*A BERALDO.*)
¡A fe mía, que es Antoñita pintiparada!

ANTOÑITA. Señor, os ruego que me excuséis; he olvidado dar un mensaje a mi criado; vuelvo al instante.

ARGAN. ¡Oh! ¿No diríais que es realmente Antoñita?

BERALDO. Hay que confesar que el parecido es extraordinario. Pero no es la primera vez que se ven estas cosas, y las historias están llenas de estas veleidades de la naturaleza.

ARGAN. Pues, en cuanto a mí, estoy realmente sorprendido.

ESCENA NOVENA

ANTOÑITA, ARGAN, BERALDO

ANTOÑITA. *(Se ha despojado tan rápidamente de su vestido de médico, que es difícil creer que sea ella quien ha aparecido antes con tal indumentaria.)* ¿Qué deseáis, señor?

ARGAN. ¿Cómo?

ANTOÑITA. ¿No me habíais llamado?

ARGAN. ¿Yo? No.

ANTOÑITA. Pues me habrán zumbado los oídos.

ARGAN. Quédate un poco aquí para ver cómo se te parece este médico.

ANTOÑITA. Esto estaba pensando, en verdad, con el tute que me espera, y, además, ya lo he visto bastante.

ARGAN. Si no los viese a los dos, creería que no son más que uno.

BERALDO. He leído cosas sorprendentes acerca de estas semejanzas, y en nuestro tiempo hemos visto

algunas que han confundido a todo el mundo.
ARGAN. Sin duda, ésta me hubiera engañado, y hubiera creído que se trataba de la misma persona.

ESCENA DECIMA

ANTOÑITA (de médico), ARDAN, BERALDO

ANTOÑITA. Señor, os pido perdón de todo corazón.

ARGAN. *(En voz baja, a BERALDO.)* Es admirable.

ANTOÑITA. No toméis a mal, por favor, la curiosidad que me ha impulsado a ver a un ilustre enfermo como vos; y vuestra reputación, que se extiende por doquier, puede excusar la libertad que me he tomado.

ARGAN. Señor, soy vuestro servidor.

ANTOÑITA. Veo, señor, que me observáis fijamente. ¿Qué edad creéis que pueda tener?

ARGAN. Supongo que todo lo más que podéis tener son veintiséis o veintisiete años.

ANTOÑITA. ¡Ah, ah, ah, ah, ah!, pues tengo más de noventa.

ARGAN. ¿Noventa?

ANTOÑITA. Sí. Estáis viendo un efecto de los secretos de mi arte, que me conserva así fresco y vigoroso.

ARGAN. ¡A fe mía! Estáis hecho un hermoso joven anciano, para noventa años.

ANTOÑITA. Soy médico transeúnte, que voy de ciudad en ciudad, de provincia en provincia, de reino en reino, para buscar ilustres materias para mis conocimientos, para encontrar enfermos dignos de mi atención, capaces de beneficiarse de los grandes y magníficos secretos que he encontrado en la medicina. Desprecio entretenirme en ese mezquino fárrago de las enfermedades ordinarias, a esas bagatelas de reumatismos y fluxiones, a esas calenturas, esos gases y esas jaquecas. Quiero tratar enfermedades importantes: fuertes fiebres constantes con repercusiones en el cerebro, buenos tabardillos graves, buenas pestes, buenas hidropesías graves, buenas pleuresías con inflamaciones de pecho: es en todo esto en lo que encuentro gusto, y es ahí donde triunfo. Y yo querría, señor, que tuvieseis todas las enfermedades que acabo de enumerar, que os encontrarais abandonado por todos los médicos, desesperado, en la agonía, para poderos mostrar la excelencia de mis remedios y el deseo que tengo de seros útil.

ARGAN. Os estoy muy agradecido, señor, por las bondades con que me honráis.

ANTOÑITA. Dadme vuestro pulso. A ver; hay que latir como Dios manda. ¡Ah!, ya os haré yo palpar como es debido. ¡Ta! Este pulso hace impertinencias; ¡cómo se ve que no me conocéis to-

avía! ¿Quién es vuestro médico?

ARGAN. El señor Purgón.

ANTOÑITA. Este hombre no se encuentra inscrito en mis listas de grandes médicos. ¿De qué enfermedad os dice que sufrís?

ARGAN. Dice que es del hígado, y otros dicen que es del bazo.

ANTOÑITA. Son todos unos ignorantes. Es del pulmón de donde estáis enfermo.

ARGAN. ¿Del pulmón?

ANTOÑITA. Sí. ¿Qué sentís?

ARGAN. De cuando en cuando, sufro dolores de cabeza.

ANTOÑITA. Precisamente, el pulmón.

ARGAN. A veces me parece que tenga un velo ante los ojos.

ANTOÑITA. El pulmón.

ARGAN. En ocasiones, siento náuseas.

ANTOÑITA. El pulmón.

ARGAN. De cuando en cuando, me invade un decaimiento de todos los miembros.

ANTOÑITA. El pulmón.

ARGAN. Otras veces me torturan unos dolores en el vientre, como si fuesen cólicos.

ANTOÑITA. El pulmón. ¿Coméis con apetito?

ARGAN. Sí, señor.

ANTOÑITA. El pulmón. ¿Os gusta beber un poco de vino?

ARGAN. Sí, señor.

ANTOÑITA. El pulmón. ¿Os viene un ligero sopor después de la comida y os gusta dormir?

ARGAN. Sí, señor.

ANTOÑITA. El pulmón, el pulmón, ya os lo he dicho. ¿Qué os recomienda vuestro médico como alimentación?

ARGAN. Me aconseja una sopa de verduras.

ANTOÑITA. Ignorante.

ARGAN. Un poco de pollo.

ANTOÑITA. Ignorante.

ARGAN. Ternera.

ANTOÑITA. Ignorante.

ARGAN. Caldos.

ANTOÑITA. Ignorante.

ARGAN. Huevos frescos.

ANTOÑITA. Ignorante.

ARGAN. Y, por la noche, ciruelas para laxar el vientre.

ANTOÑITA. Ignorante.

ARGAN. Y, sobre todo, beber el vino muy aguado.

ANTOÑITA. Ignorantus, ignoranta, ignorantus. Tenéis que beber puro vuestro vino, y, para espesar vuestra sangre, que es demasiado débil, hay que comer buey gordo, tocino gordo, buen queso de Holanda, sémola y arroz, castañas y barquillos, para juntar y conglutinar. Vuestro médico es un asno. Os voy a mandar a uno de mi confianza, y yo vendré a veros de cuando en cuando, mientras me encuentre en la ciudad.

ARGAN. Os estoy muy agradecido.

ANTOÑITA. ¿Qué diablo hacéis de este brazo?

ARGAN. ¿Cómo?

ANTOÑITA. Este es un brazo que yo me haría cortar inmediatamente, si fuese vos.

ARGAN. ¿Y por qué?

ANTOÑITA. ¿No os dais cuenta de que atrae para sí toda la alimentación e impide a todo este lado que se nutra como es natural?

ARGAN. Sí, pero yo necesito mi brazo.

ANTOÑITA. Tenéis también un ojo derecho que me haría saltar, si estuviese en vuestro lugar.

ARGAN. ¿Hacerme saltar un ojo?

ANTOÑITA. ¿No advertís que molesta al otro y le quita toda nutrición? Creedme, hacéoslo reventar cuanto antes; notaréis en seguida que veis mucho mejor con el ojo izquierdo.

ARGAN. Esto no lleva prisa.

ANTOÑITA. Adiós. Me sabe mal dejaros tan pronto, pero es preciso que asista a una gran consulta que se debe celebrar para un hombre que murió ayer.

ARGAN. ¿Para un hombre que murió ayer?

ANTOÑITA. Sí, para informarse y saber qué hubiera debido hacerse para curarle. Hasta la vista.

ARGAN. Ya sabéis que los enfermos no acompañan hasta la puerta.

BERALDO. Ahí tenéis a un médico que me parece de veras muy hábil.

ARGAN. Sí, pero creo que va demasiado aprisa.
BERALDO. Todos los grandes médicos son así.
ARGAN. ¡Cortarme un brazo y sacarme un ojo para que el otro se encuentre mejor! Prefiero que no se encuentre tan bien. ¡ Vaya operación!, quedar me bizco y manco.

ESCENA UNDÉCIMA

ANTOÑITA, ARDAN, BERALDO

ANTOÑITA. (*Simulando que está hablando con alguien.*) Vamos, vamos, soy vuestra servidora. No tengo ganas de reírme.
ARGAN. ¿Qué sucede?
ANTOÑITA. Vuestro médico, ¡voto al diablo!, que me quería tomar el pulso.
ARDAN. ¡Hay que ver!, a los noventa años de edad.
BERALDO. ¡Vaya!, hermano mío, puesto que el señor Purgón está reñido con vos, ¿no os sabría mal que os hablara del partido que se ofrece para mi sobrina?
ARGAN. No, hermano, la quiero meter en un convento, puesto que se ha opuesto a mi voluntad. Ya veo que debajo de todo esto hay algún amorío y he descubierto cierta entrevista secreta que ignoran que yo sepa.
BERALDO. ¡Pues bien!, hermano, aunque hubiese alguna

pequeña inclinación, ¿sería la cosa tan delicativa, y podríais sentir os tan ofendido cuando las cosas se encauzan hacia fines honestos como el matrimonio?

ARGAN. Sea lo que fuere, hermano, ella será religiosa; esto está ya resuelto.

BERALDO. Queréis ser agradable a alguien.

ARGAN. Ya sé lo que queréis decir. Siempre volvéis a lo mismo, y mi mujer os tiene ojjeriza por ello.

BERALDO. Pues bien, sí, ya que hay que hablar con el corazón abierto, es a vuestra mujer, a quien aludo; y, de la misma manera que no puedo sufrir vuestra testarudez por la medicina, no puedo soportar tampoco el embobamiento que sentís por ella, y ver os caer sumiso en todas las trampas que ella os prepara.

ANTOÑITA. ¡Ay, señor!, no habléis de la señora. Es una mujer de la que nada se puede decir, una mujer sin artificio y que ama al señor... No, no puede decirse eso.

ARGAN. Preguntadle las caricias que me hace.

ANTOÑITA. Es verdad.

ARGAN. La inquietud que le causa mi enfermedad.

ANTOÑITA. Bien seguro.

ARGAN. Y los cuidados y mimos de que me rodea.

ANTOÑITA. Es cierto. (*A BERALDO.*) ¿Queréis que os convenza y os haga ver ahora mismo de qué manera la señora ama al señor? (*A ARGAN.*) Señor,

permitidme que le demuestre su vileza y le saque de su error.

ARGAN. ¿Y cómo?

ANTOÑITA. La señora va a volver al instante. Poneos tendido en esta silla y simulad que estáis muerto. Ya veréis el dolor que va a exaltarla cuando le diga la triste nueva.

ARGAN. Me parece bien.

ANTOÑITA. Sí; pero no la dejéis demasiado tiempo en la desesperación, porque podría morir de ella.

ARGAN. Dejadme hacer.

ANTOÑITA. (*A BERALDO.*) Escondeos, señor, en aquel rincón.

ARGAN. ¿No habrá ningún peligro en parodiar a un muerto?

ANTOÑITA. No, no. ¿Qué peligro puede haber? Extendeos ahí nada más. (*En voz baja.*) Nos agradará mucho poder confundir a vuestro hermano. Ahí está la señora. Hacedos el muerto.

ESCENA DUODÉCIMA

BELINA, ANTOÑITA, ARGAN (rendido en la silla), BERALDO

ANTOÑITA. (*Fingiéndose no ver a BELINA.*) ¡Ah, Dios mío!
¡Qué desgracia! ¡Qué infausto accidente!

BELINA. ¿Qué sucede, Antoñita?

ANTOÑITA. ¡Ay, señora!

BELINA. ¿Qué es lo que pasa?

ANTOÑITA. Vuestro marido está muerto.

BELINA. ¿Mi marido está muerto?

ANTOÑITA. ¡Ay de mí, sí! El pobre difunto ha fallecido.

BELINA. ¿De veras?

ANTOÑITA. De veras. Nadie sabe todavía este horrible accidente, y me he encontrado aquí completamente sola. Acaba de morir en mis brazos. Vedle ahí tendido, tan largo como era, en esta silla.

BELINA. ¡Gracias sean dadas al Cielo! ¡Al fin me veo libre de tan pesada carga! ¡Qué necia eres, Antoñita, de afligirte por esta muerte!

ANTOÑITA. Yo suponía, señora, que se debía llorar.

BELINA. Vamos, vamos, no vale la pena. ¿Qué hemos perdido? ¿De qué servía en el mundo? Un hombre incómodo para todos: sucio, asqueroso; a cada momento una ayuda o una medicina en el vientre; limpiándose los mocos, tosiendo, escupiendo sin cesar; sin inteligencia, fastidioso, de mal humor; cansando sin parar a la gente y refunfuñando día y noche a la servidumbre.

ANTOÑITA. Ha sido una hermosa oración fúnebre.

BELINA. Es preciso, Antoñita, que me ayudes a ejecutar mis propósitos, y puedes creer que, sirviéndome, tu recompensa es segura. Puesto que, por suerte, nadie sabe lo sucedido, llevémosle a su lecho y tengamos esta muerte oculta hasta que yo haya

hecho lo que quiero. Hay papeles, hay dinero que yo deseo separar para mí, pues no es justo que haya pasado sin ningún fruto, a su lado, los años más hermosos de mi vida. Ven, Antoñita, tomemos primero todas las llaves.

ARGAN. (*Levantándose bruscamente.*) Despacio, despacio.

BELINA. (*Sorprendida y aterrada.*) ¡Ay!

ANTOÑITA. ¡Ah! El difunto no está muerto.

ARGAN. (*A BELINA, que sale.*) Me ha gustado comprobar vuestra amistad y haber oído el magnífico panegírico que habéis hecho de mí. Esta sí que ha sido una advertencia que me hará volver cauto en el futuro y me impedirá hacer muchas cosas.

BERALDO. (*Saliendo del lugar donde estaba escondido.*) ¡Y bien, hermano mío, ya lo habéis visto!

ANTOÑITA. A fe mía, nunca hubiera creído una cosa así. Pero oigo a vuestra hija; volveos a poner como estabais y veamos de qué manera la sorprende vuestra muerte. Es algo que no hace daño a nadie, y, puesto que ya habéis empezado, vais a conocer así los sentimientos que vuestra familia tiene para vos. (*BERALDO se vuelve a esconder.*)

ESCENA DECIMOTERCERA

ANGÉLICA, ARGAN, ANTOÑITA, BERALDO

ANTOÑITA. (*Fingiendo no ver a ANGÉLICA.*) ¡Cielos! ¡Ah, qué horrible aventura! ¡Aciago día!

ANGÉLICA. ¿Qué te pasa, Antoñita; por qué estás llorando?

ANTOÑITA. ¡Ay de mí!, tengo tristes noticias que datos.

ANGÉLICA. ¿Qué es ello?

ANTOÑITA. Vuestro padre ha muerto.

ANGÉLICA. ¿Mi padre ha muerto, Antoñita?

ANTOÑITA. Sí; ahí lo tenéis. Acaba de morir en estos momentos de una debilidad repentina.

ANGÉLICA. ¡ Oh, cielos! ¡ Qué desgracia! ¡ Qué golpe cruel! ¡Ay de mí! ¿Es preciso que pierda a mi padre, lo único que me quedaba en el mundo? ¡Y, para mayor pesadumbre, que lo pierda en un momento en que estaba irritado contra mí! ¿Qué va a ser de mí, desgraciada, y qué con suelo puedo encontrar después de una pérdida tan grande?

ESCENA DECIMOCUARTA Y ULTIMA

CLEANTE, ANGÉLICA, ARGAN, ANTOÑITA, BERALDO

CLEANTE. ¿Qué os sucede, bella Angélica? ¿Y cuál es la desgracia que lloráis?

ANGÉLICA. ¡Ay de mí! Lloro todo lo que podía perder en la vida más querido y más precioso. Lloro la

muerte de mi padre.

CLEANTE. ¡ Oh, Dios mío! ¡ Qué accidente! ¡ Qué pena inesperada! ¡Ay de mí!, después de la petición que había rogado a vuestro tío le hiciera de mi parte, venía a presentarme a él y procurar, con mis respetos y mis ruegos, disponer su corazón para que fueseis otorgada a mis deseos.

ANGÉLICA. ¡Ay, Cleante, no hablemos de eso ahora! Dejemos a un lado todas las ideas de casamiento. Después de la pérdida de mi padre, ya no quiero pertenecer a este mundo y renuncio a él para siempre. Sí, padre mío; si me he resistido hasta ahora a vuestra voluntad, quiero seguir ahora, por lo menos, una de vuestras intenciones y reparar con ello el pesar que me acuso de haberos causado. (Poniéndose de rodillas. Permitid, padre mío, que os dé aquí mi palabra y os abrace para demostraros mi gran pesar.

ARGAN. (*Abrazando a ANGÉLICA.*) ¡Ah, hija mía!

ANGÉLICA. (Asustada. ¡Ay!

ARGAN. Ven. No tengas miedo, no estoy muerto. ¡Ea!, eres de mi misma sangre, mi verdadera hija; y estoy satisfecho de haber podido cerciorarme de tus buenos sentimientos.

ANGÉLICA. ¡Ah, qué sorpresa más agradable, padre mío! Ya que por una extrema dicha el Cielo os vuelve a mis brazos, permitid que me arrodille ante vos para suplicaros una merced. Si no sois favo-

rable a la inclinación de mi alma, si me rehusáis a Cleante como esposo, os ruego, por lo menos, que no me forcéis a casarme con otro. Es toda la gracia que me atrevo a pedirlos.

CLEANTE. (*Se pone de rodillas.*) ¡Oh, señor!, dejad que lleguen a vuestro corazón sus plegarias y las mías, y no os mostréis contrario a los anhelos de una inclinación tan bella.

BERALDO. ¿Hermano mío, seríais capaz de no conmoveos ante esto?

ANTOÑITA. Señor, no es posible que seáis insensible a tanto amor.

ARGAN. Que se haga médico, y consiento en el matrimonio. (*A CLEANTE.*) Sí, esto es: haceos médico y os doy mi hija.

CLEANTE. De muy buen grado; si no depende más que de eso que sea vuestro yerno, me haré médico; y además boticario, si así lo quisierais. Esto no vale realmente la pena, y me propongo hacer muchas más cosas para obtener a la bella Angélica.

BERALDO. Pero, hermano mío, se me ocurre una idea. Haceos médico vos mismo. La comodidad será todavía mayor, pues tendréis en vos mismo todo lo que necesitáis.

ANTOÑITA. Esto es verdad. Ahí tenéis el verdadero medio de curaros pronto; y no habrá ninguna enfermedad tan atrevida que se mofe de la persona de un médico.

ARGAN. Estoy pensando, hermano mío, que os estáis burlando de mí. ¿Es que estoy en edad de ponerme a estudiar?

BERALDO. ¿Quién habla de estudiar? Sois lo bastante sabio, y hay muchos de ellos que no son tan hábiles como vos.

ARGAN. Pero, por lo menos, hay que saber hablar bien el latín, conocer las enfermedades y los remedios que hay que aplicar.

BERALDO. Cuando recibáis la toga y el birrete de médico, adquiriréis también toda esta sabiduría, y seréis después más hábil de lo que os pensáis.

ARGAN. ¡No me digáis! ¿Se sabe discutir sobre las enfermedades sólo con poseer tal indumentaria?

BERALDO. Sí; no se necesita más que hablar, vistiendo una bata y un gorro como éstos, y cualquier galitaitías se vuelve ciencia pura, y cualquier tontería, una razón.

ANTOÑITA. Mirad, señor: aunque sólo tuvieseis vuestra barba, es ya mucho, pues la barba constituye más de la mitad de un médico.

CLEANTE. En cualquier caso, yo estoy dispuesto a todo.

BERALDO. (A ARGAN.) ¿Queréis que este asunto quede zanjado en seguida?

ARGAN. ¿Cómo en seguida?

BERALDO. Sí, en vuestra propia casa.

ARGAN. ¿En mi casa?

BERALDO. Sí; tengo amistades en una Facultad que ven-

drán al instante a celebrar la ceremonia en vuestro salón. Y no os costará nada.

ARGAN. Pero yo ¿qué voy a decir, qué voy a responder?

BERALDO. Se os instruirá en dos palabras y se os dará por escrito lo que tenéis que decir. Id a poneros un vestido decente, y yo voy a enviar a por ellos.

ARGAN. Bien, veamos eso.

CLEANTE. ¿Qué queréis decir y qué entendéis por esa Facultad amiga?

ANTOÑITA. ¿Cuál es vuestro propósito?

BERALDO. Pues divertimos un poco esta noche. Los comediantes han creado un pequeño entremés de la recepción de un médico en la Facultad, con danzas y música; quiero que todos nosotros gocemos de tal diversión y que mi hermano represente en ella el primer personaje.

ANGÉLICA. Pero tío, me parece que os burláis con exceso de mi pobre padre.

BERALDO. Pero, sobrina, no creo que sea burlarse de él acomodarse a sus fantasías. Todo esto pasará entre nosotros. Incluso cada uno de nosotros puede representar un personaje y ofrecernos la comedia unos a otros. El carnaval lo autoriza ¡Vamos, aprisa, a prepararlo todo

CLEANTE. (A ANGÉLICA.) ¿Lo consentís?

ANGÉLICA. Sí, puesto que mi tío nos dirige.

TERCER INTERMEDIO

Es una ceremonia burlesca a propósito de un hombre a quien se nombra doctor, con recitado, canto y danza.

INTERMEDIO DE BAILE

Entran varios TAPICEROS para preparar la sala y poner los bancos en orden. Después de lo cual, entra toda la asamblea, compuesta por ocho PORTAJERINGAS, seis BOTICARIOS, veintidós DOCTORES, el RECIPIENDARIO, ocho CIRUJANOS que danzan y dos que cantan, todos ellos ocupan sus asientos según su rango.

PRESIDENTE. Savantissimi doctores,
 Medicinae professores,
 Qui hic reunitis estis,
 Y vos, otros señores,
 Sententiarum Facultatis
 Fideles executores,
 Cirurgiani et apothicari,
 Atque compañía toda,
 Salus, honor et argentum,
 Atque bonum appetitum.
 Non possum, docti confreri,
 En mí satis admirar

Qualis bona invencio
Est medici professio,
Quam bella cosa est et bene trovata,
Medicina illa benedicta,
Quae suo nomine solo,
Soprendente miraculo,
Después tan longo tempore,
Facit abundantia vivere
Tanta gente omni genere.
Per todam terram videmus
Grandam bogam ubi sumus,
Et quod grandes et petiti
Sunt de nobis infatuti.
Totus mundus currens ad nostros remedios,
Nos regardat sicut Deos;
Et nostris ordonnaniis
Príncipes er reges sumisos videtis.
Donqual el est nostra sapientiae,
Boni sensus acque prudentiae,
De fuertemente trabajare
A nos bene conservare
In tali credito, boga et honore,
Et prandere gardam a nom receiveve
In nostro docto corpore
Quam personas capaces,
Et totas dignas ramplire
Has plasas honorabiles.
Es por eso que nunc convocati estis;

Et credo quod encontrabitis
Dignam materiam medici
In savanti homine presentí,
Que in cosas omnibus
Dono ad interrogandum
Et a fondo examinandum
Vostros capacitatibus.

PRIMER Si mihi licenciam dat dominus praeses,
DOCTOR Et tanti docti doctores,
 Et assistantes illustres,
 Muy savanti bachillero,
 Quem estimo et honoro,
 Domandabo causam et rationem quare
 Opium facit dormire.

RECIPIEN- Mihi a docto doctore
DARIO Domandatur causam et rationem quare
 Opium facit dormire:
 A lo que respondeo,
 Quia est in eo Virtus dormitiva,
 Cuius est natura
 Sensus amodorrativa.

CORO Bene, ben, tiene, bene respondere;
 Dignus, dignus est entrare
 In nostro docto corpore.
SEGUNDO Cum permissione domini praesidis,

DOCTOR Doctissima Facultatis,
 Et totius his nostris actis
 Compañia assistentis,
 Domandabo tibi, docte, bachillere,
 Quae sunt remedia,
 Quae in enfermitatis
 Ditte hidropesía Convenit facere.

RECIPIEN- Clysterium donare,
DARIO Postea seignare,
 En seguida purgare.

CORO Bene, bene, bene, bene respondere,
 Dignus, dignus est entrare
 In nostro docto corpore.

TERCER Si bonnum semblatur domino praesidi,
DOCTOR Doctissimae Facultati,
 Et compañía presenti,
 Domandabo tibi, docto bachillere
 Quae remedia eticis,
 Pulmonicis, atque asmaticis,
 Hallas adecuado facere.

RECIPIEN- Clysterium donare,
DARLO Postea seignare,
 En seguida purgare.

CORO. Bene, bene, bene, bene respondere.
Dignus, dignus est entrare
In nostro docto corpore.

CUARTO Super illas maladies
DOCTOR Doctus bachelerus dixit maravillas;
Pero, si non fastidio dominum praesidem,
Doctissimam Facultatem,
Et totam honorabilem
Compañía escuchandem,
Hagam illi unam preguntam.
De hiero maladus unus
Cayeron in meas manus:
Habet grandam fievram cum redoblamentis.
Grandam dolorem capitis,
Et grandum malum al costado,
Cum granda difficultate
Et pena de respirare:
Quieras mihi dice,
Docte Bachillere,
Quid illi facere?

RECIPIEN- Clysterium donare,
DARLO Postea seignare,
En seguida purgare.

QUINTO Pero si maladia
DOCTOR Opiniatria

Non vult se curare,
Quid illi facere?

RECIPIEN- Clysterium donare,
DARLO Postea seignare,
En seguida purgare.

CORO. Bene, bene, bene, bene respondere,
Dignus, dignus est entrare
In nostro docto corpore.

PRESIDENTE Juras guardare statuta
Per Facultatem praescripta,
Cum sensu et jugeotamento?

RECIPIEN.

DARIO. Juro

PRESIDENTE. De nunca jamás te serviré
De remediis aucunis,
sino solos desta docta Facultatis,
Aunque el enfermo succumbare
Et mori de suo malo?

RECIPIENDARIO. Juro

PRESIDENTE Ego, cum isto birreto Venerabili et docto,
Dono tibi et concedo
Virtutem et potencium Medicandi,
Purgandi, Sangriandi, Perforandi, Tajandi,
Cortandi, Et matandi

Impune per todam terram.

INTERMEDIO DE BAILE

Todos los CIRUJANOS y BOTICARIOS van a hacerle la reverencia en fila.

RECIPIEN. Grandes doctores doctrinae
DARLO Del ruibarbo et del sen,
Sería in veritas para mí cosa folla,
Inepta et ridicula,
Si fuese a intentare Vobis elogios donare,
Et intentase añadir
Más luces al solefílo,
Et más estrellas al Cielo,
más olas al Océano,
Et más rosas al verano.
Acceptate que con un mote,
Per todo agradecimiento,
Rendam gratiam corpori tam docto.
Vobis, vobis debeo
Mucho más que a natura et patri meo:
Naturaleza et patr meus
Hominem me habent factum;
Mas vos, que es mucho más,
Me avetis factum medicum.
Honor, favor et gratia

Qui, in hoc Gorda,
Imprimant ressentimenta
Qui dureront in secula.

CORO Vivat, vivat, vivat, vivat;
cien veces vivat
Novus doctor, qui tan bene parlat!
Mille, mille annis, et manget et bibat,
Et sangriet et tuat !

INTERMEDIO DE BAILE

Todos los CIRUJANOS y BOTICARIOS bailan al son de los instrumentos, de las voces, de las palmadas y de los morteros de los BOTICARIOS.

CIRUJANOS Que pueda ver doctas
Suas ordonancias
Omnium chirurgorum
Et apothiquarum Remplire boutiquas

CORO Vivat, vivat, vivat, vivat;
cien veces vivat Novus doctor,
qui tan bene parlat !
mine, mille annis, et manget et bibat,

Et sangriet et tuat!

CIRUJANOS Puedan toti anni Serle siempre boni

Et favorabiles,

Et no habere jamás

Quam pestas, verolas,

Fiebras, pluresias,

Fluxus de sangre, dyssenterias !

CORO

Vivat, vivat, vivat, vivat;

cien veces vivat Novus doctor,

qui tan bene parlat!

Mille, mille annis, et manget et bibat,

Et sangre et tuat

ULTIMO INTERMEDIO DE BAILE

Los MÉDICOS, los CIRUJANOS y los BOTICARIOS salen todos, según su rango, en procesión, como han entrado.

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>